



Trabajo final de grado

**Participación ciudadana en los territorios barriales y metropolitanos: su  
influencia en el hábitat y en los vínculos personales, desde la Psicología Social**

Monografía

Estudiante: María Grisel Bacci González

C.I.: 3.929.986-2

Tutora: Prof. Adj. Dra. María Verónica Blanco Latierro

Revisor: Prof. Agdo. Dr. Javier Romano Silva

Octubre, 2025 Montevideo, Uruguay

## Contenido

<b>Resumen .....</b>	<b>1</b>
<b>Introducción.....</b>	<b>2</b>
<b>Capítulo 1: Notas de posición .....</b>	<b>3</b>
<b>Capítulo 2: Participación y ciudadanía .....</b>	<b>7</b>
¿Qué es la participación? .....	7
2.1 Psicología comunitaria .....	11
2.2 Ciudadanía, participación y vivencia comunitaria .....	12
2.3 Ciudadanos, identidad y Globalización .....	14
2.3.1 El consumo sirve para pensar .....	17
2.3.2 Ciudadanía, estado y espacio público .....	18
<b>Capítulo 3 Memoria e Identidad .....</b>	<b>23</b>
3.1 Identidad social como forma de consumo .....	23
3.2 Narración, comunidad y precarización de los individuos. ....	30
<b>Capítulo 4: Vida cotidiana y cambios generados por la virtualidad .....</b>	<b>33</b>
4.1 Posmodernidad.....	35
4.2 Los desafíos de la psicología social comunitaria ante el creciente individualismo. ....	40
<b>Capítulo 5: Síntesis reflexiva.....</b>	<b>44</b>
<b>Referencias bibliográficas .....</b>	<b>46</b>

## **Resumen**

Esta monografía indaga acerca de las características, alcances y tensiones de la participación ciudadana y comunitaria en territorios barriales y metropolitanos, analizando su influencia sobre el hábitat urbano y los vínculos personales. Se parte de una perspectiva crítica que busca articular la psicología social comunitaria con la ciudadanía, la subjetividad, el consumo y la globalización. El propósito es comprender de qué forma se construye la participación en la actualidad; qué factores inciden en el involucramiento colectivo, y qué condiciones facilitan o, por el contrario, obstaculizan la participación.

El trabajo se basa en los aportes de diversos autores de referencia en la temática, quienes profundizan en conceptos como la participación comunitaria; el vínculo entre la participación y el poder; la producción social e histórica de la subjetividad; la crítica al dualismo individuo-sociedad; y herramientas como la deconstrucción, la genealogía y la elucidación crítica, destinadas a desnaturalizar categorías universalizadas.

Asimismo, se abordan las nociones de micropolítica; ciudadanía, globalización e identidad; el consumo y la irrupción de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) como elemento central en la comunicación y la consecuente inmediatez en los vínculos y las interacciones, en el marco de persistentes desigualdades estructurales que debilitan el ejercicio de la ciudadanía. Finalmente, se analizan el espacio público y la política urbana neoliberal en un contexto de globalización, privatizaciones, control y disciplinamiento del espacio público, todo lo cual impacta en la vida cotidiana y en el poder de decisión de los ciudadanos.

El trabajo arriba a la conclusión que la participación es un motor de la transformación social, siempre que se construya a partir de la inclusión, la memoria compartida y la pluralidad de saberes, y propone que la psicología social comunitaria se posicione de manera crítica ante las lógicas neoliberales y consumistas, facilitando procesos colectivos y el diseño de estrategias que fortalezcan la pertenencia, identidad urbana y democrática y vínculos solidarios en escenarios que promueven la individualización y el aislamiento.

## Introducción

La presente monografía se enmarca en el Trabajo Final de Grado de la licenciatura de Psicología de la Universidad de la República (Udelar) de Uruguay.

El propósito del trabajo es indagar acerca de las características y los alcances de la participación ciudadana (o comunitaria) en la actualidad, en sus diversas dimensiones, en contextos concretos tales como los territorios barriales y metropolitanos, poniendo en evidencia las tensiones, limitaciones y potencialidades de la participación comunitaria.

Se aborda la participación como herramienta para problematizar la forma como inciden en ella las comunidades, las políticas públicas y también los comportamientos, que luego se ven reflejados en la ciudad, en el hábitat.

Se parte de una definición de participación que abarca la búsqueda o intención de formar parte de algo, de involucrarse, dar sentido, buscar identidad, sentirse escuchado, y desde ahí, ya sea en grupo o individualmente, utilizar esta herramienta para obtener más incidencia en la comunidad. Un aspecto a tener en cuenta en lo que refiere a la participación es el advenimiento de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC), las cuales han revolucionado la forma de participar. En este sentido, el trabajo se propone responder a la siguiente pregunta: En la actualidad, ¿la participación presencial continúa siendo la más importante, en términos cuantitativos y cualitativos, o existen otros tipos de participaciones que emergen a instancias de las TIC?

Es importante señalar, en este punto, que el hecho de que la participación se lleve a cabo de manera presencial o virtual hace que cambien los modos de pensar y las subjetividades que se manejan en uno y otro entorno.

A partir de estos ejes de exploración, se busca investigar la producción de subjetividades que se entrecruzan y los poderes que subyacen en los vínculos que derivan de las distintas formas de participación. Para esto, se indaga en la forma como inciden las decisiones que adoptan los grandes capitalistas, tanto en los diferentes tipos de participación ciudadana o comunitaria, como en la forma de pensar de las personas a nivel individual y en las políticas de Estado.

La idea de este trabajo surgió durante mi práctica de graduación, la cual realicé en dos barrios de Montevideo: Flor de Maroñas y Villa García, pertenecientes al Municipio F. La práctica se enmarca en un proyecto de extensión de la Udelar en el que trabajan grupos interdisciplinarios provenientes de la academia y participan estudiantes de diversas carreras.

En estos barrios, y en el marco de esta práctica, el tema de la participación estaba sobre la mesa todo el tiempo durante las reuniones que se celebraban a nivel barrial, las cuales eran convocadas por los vecinos representantes de diversas instituciones de Flor de Maroñas y por profesionales y estudiantes. Estas convocatorias buscaban impulsar proyectos para presentar ante el programa de Presupuesto Participativo de la Intendencia de Montevideo, un ámbito que involucra a personas de diferentes orientaciones políticas y pensamientos, lo cual resultaba muy enriquecedor. En esas instancias, el grupo hacía notar todo el tiempo que se requería más participación de la gente en las distintas comisiones de trabajo creadas para impulsar proyectos de interés común, como por ejemplo hacer una plaza en un terreno baldío, entre otras iniciativas.

La realidad era que a esas instancias acudían y participaban generalmente las mismas personas, aunque la intención era que la puesta en marcha del proyecto fuera lo más amplia y democrática posible. No obstante, y pese a los esfuerzos realizados en términos de convocatoria, era difícil que más gente acudiera o permaneciera comprometida.

En este marco, este trabajo se constituye como una búsqueda de respuestas a las siguientes interrogantes: ¿Cómo incide la participación ciudadana en la configuración del hábitat y en los vínculos personales dentro de los territorios barriales y metropolitanos? ¿De qué manera las lógicas del consumo y la globalización afectan la construcción de ciudadanía y subjetividad en contextos comunitarios? ¿Cuál es el rol de la psicología social comunitaria en el fortalecimiento de procesos participativos críticos y emancipadores?

El trabajo se estructura de la siguiente manera: en el capítulo 1 se presentan las diferentes conceptualizaciones del término participación, a partir de los aportes de De Brasi, Ana María Fernández y Rolnik y Guattari. El capítulo 2 constituye el eje central del trabajo, a partir del desarrollo de los principales enfoques teóricos sobre participación comunitaria, ciudadanía y vivencia comunitaria, de la mano de autores como Maritza Montero y Ferullo y Jiménez-Domínguez. Luego se profundiza en la noción de identidad social y cómo esta puede verse influenciada por el consumo; también se examinan fenómenos como precarización y desigualdad, que afectan la capacidad de los individuos para construir comunidad. En el capítulo 4 se abordan los efectos de la tecnología, la posmodernidad y el individualismo en los modos actuales de participación y se reflexiona sobre los desafíos que enfrenta la psicología social comunitaria.

## Capítulo 1: Notas de posición

A través de estas notas de posición se plantea una perspectiva teórica; una fundamentación a partir de los aportes de autores que han estudiado los orígenes y las bases en lo que refiere al individuo, la sociedad y la participación, como De Brasi; Fernández; y Rolnik y Guattari.

De Brasi (1990/2007) plantea un dualismo con relación al individuo y la sociedad, y reflexiona sobre los mecanismos que operan en torno a la participación a través de esta lógica binaria. Explica que pasamos de una tendencia histórica a pensar desde la tensión del dualismo individuo-sociedad, y a pensar en procesos de producción social histórica de la subjetividad. En su crítica al dualismo, cuestiona la naturalización existente en ordenar la realidad en términos de adentro-afuera, individuo-sociedad, lo cual se refleja en prácticas de exclusión que dejan por fuera la diversidad y complejidad de las experiencias humanas. Esto se traduce en “técnicas disciplinadoras, los dispositivos acabados, las modelizaciones de los problemas vigentes, la mutación de las indicaciones en líneas doctrinarias o en los esbozos en trazos inequívocos” (De Brasi, 1990/2007, p. 11). Habla de “metamorfosear un soplo en palabra sagrada” (p. 11), con lo cual se refiere al “proceso de transformación donde lo fugaz se convierte en algo importante y significativo” (p. 11). Agrega que la naturalización de esta dualidad, que se produce en forma de lenguaje, nos hace creer que estamos predestinados a seguir un camino, excluyendo otros, y determina las fuerzas contra las cuales luchamos. Esta dualidad da sentido a la experiencia; a su vez, la resistencia que se puede ejercer para mantener la autonomía y la libertad se obtienen de esfuerzos conscientes y deliberados (De Brasi, 1990/2007).

El autor postula que las perspectivas y límites de cada persona son dinámicos; dependen del contexto social e histórico; y contribuyen a construir su identidad y sus subjetividades. Estas perspectivas ponen en constante conflicto lo individual y lo colectivo y hacen visible lo invisible, lo que se encuentra oculto. Explica que este dualismo o “binarismo” pone al individuo en relación de dependencia con esa lógica. Sin embargo, si se logra no tomarlo como punto de partida se lo puede desarmar y así, entrar en ese caos que, al estar fuera de la racionalidad, permite pensar con esos elementos, lo que luego tienen derivaciones en nuestro psiquismo, determinan separaciones, nos subordinan y nos vuelven dependientes de esa lógica. Si logramos tomar las cosas como un comienzo en sí mismo, separando lo que para algunos es algo elemental, podremos vincularlos nuevamente, creando reglas y modelos de interacción que generan nuevas bases y paradigmas. Cuando lo elemental se separa, por ejemplo, en adentro-afuera, sobrevienen esfuerzos para vincularlos nuevamente. “La

'naturalización' tiene la misma forma del milagro. Ninguno de los es "ahistórico" ni están caídos de alguna historia posible" (De Brasi, 1990/2007, p. 12).

Asimismo, considera que "lo grupal habla claramente de las diversas formas en que las subjetividades son conformadas de los grupos donde circulan" (De Brasi, 1990/2007, p. 14). Esa pertenencia a los diferentes grupos requiere una explicación desde dentro y en los bordes; es decir, ver más allá de lo no visto, ya que todo eso tiene incidencia directa en el propio grupo. Los subjetivos y objetivos son dos elementos que se manejan dentro de la censura propia, sin separarlos de las causalidades y límites que llegan a polarizar las afirmaciones. No se ponen en cuestión directamente, se los toma como elementos por separado y diferenciados. Establecen una dicotomía adentro y afuera y está en nosotros pensar, discernir, problematizar con nosotros mismos en diferentes contextos y tener presentes que son movimientos a los que les precede una historia que no permite pensar y ver en qué contexto han surgido (De Brasi, 1990/2007).

Fernández (1999) propone lo que denomina "caja de herramientas", que incluye un conjunto de estrategias vinculadas a la construcción de la subjetividad y está basada en conceptos de tres autores: Derrida, Castoriadis y Foucault. La autora resalta la "importancia de abrir visibilidad y por ende crear condiciones de enunciabilidad de las dimensiones sociohistóricas de la subjetividad y sus nociones derivadas es al menos doble" (Fernández, 1999, p. 4). Esta idea permite comprender que la participación se va construyendo a través de trayectorias históricas y sociales, por lo que Fernández (1999) propone problematizar el concepto preguntándose: ¿de dónde surge?, ¿en qué momento histórico aparece?

Para responderlas recurre a esta caja de herramientas en la que entrelaza tres conceptos fundamentales: la de-construcción de Derrida, el análisis genealógico de Foucault y la elucidación crítica de Castoriadis, los cuales, a su entender comparten el hecho de ser valiosos para el estudio del campo de la subjetividad.

Define subjetividad como "el pensar desde la diversidad de distintos modos de producción subjetiva" y critica "los efectos de sustancialización de los relatos de la interioridad psíquica estructurada básicamente en la infancia, el inconsciente, el deseo" (Fernández (1999, p. 10). Con esto, cuestiona "la existencia de un mecanismo universal de estructuración del sujeto" (p. 10), y sostiene que la subjetividad funciona como una materia prima presente en los sujetos como parte de su fortaleza productiva y se basa en nuestra percepción del mundo e interpretación de la realidad. Por tanto, la subjetividad moldea nuestro comportamiento, nuestra receptividad, adaptación y aceptación del espacio en que vivimos, dependiendo de un orden político establecido (Fernández, 1999).

Otro planteo de la autora es que la Modernidad ha posicionado al individuo como protagonista activo de su propia historia, y a la vez como objeto de estudio, para ser analizado a partir de sus experiencias con toda la impronta de la sociedad y la cultura. Este sujeto en conjunto con la sociedad, a la que califica como su “complemento/suplemento” incompatible (Fernández, 1999, p. 1), es el eje en torno al cual se han constituido las disciplinas que abarcan las ciencias humanas y sociales - entre ellas la Psicología Social-. Estas disciplinas, después de separarse, no han logrado articularse como territorios disciplinarios diferentes, debido, principalmente a las “fuertes certezas” (p. 2) existentes respecto a temáticas que deberían quedar abiertas a la interrogación.

Agrega que en la Modernidad ocurrieron transformaciones en el lazo social, fruto de una “mutación aún en curso de las significaciones imaginarias sociales” (Fernández, 1999, p. 2). Encuadra esto último en los regímenes capitalistas, que resultan de sistemas que conectan las máquinas productivas con quienes ejercen control en el ámbito social y afectan nuestras instancias psíquicas a través de formas de trabajo dominantes que se retroalimentan. Para revertir este proceso y lograr que aquello que se “universalizó” pueda “particularizarse” nuevamente, propone dos acciones estrechamente vinculadas: “a) una elucidación crítica de las nociones universalizadas, es decir, “des-esencializadas”; y b) “trabajar una dimensión socio-histórica en la noción de subjetividad” (Fernández, 1999, p. 2).

Es precisamente en este proceso de reversión de la universalización donde se ubica la de-construcción, que apunta a problematizar y buscar diferentes soluciones a un hecho o concepto dado, alejándose de lo impuesto, que suele tomarse como instaurado y se convierte en un proceso natural. La de-construcción permite pensar eso “dado” desde sus diferentes significaciones, a partir de lo que Foucault denominó un análisis genealógico, que se realiza a partir de las narrativas teóricas y el proceso de subjetivación político, socio-histórico que lo sustentan (Fernández, 1999).

Según Fernández (1999), de-construir es analizar cómo funcionan las diferencias en los textos y cómo se generan significados. En pares binarios, el término dominante obtiene su privilegio al limitar a su opuesto. En este marco, términos como igualdad, identidad o razón se consideran superiores, mientras que sus opuestos se ven como variantes inferiores. A través de este análisis, la autora pone en evidencia que las oposiciones son construcciones subjetivas.

En cuanto al análisis genealógico propuesto por Foucault, señala que se trata de una herramienta que permite “encontrar puentes entre las narrativas teóricas y los dispositivos históricosociales-políticos-subjetivos que sostienen” (Fernández, 1999, p. 7).



Finalmente, y siempre en consonancia con la problematización de lo que se considera universal, Fernández (1999) utiliza el concepto de elucidación de Castoriadis como propulsor de un proceso de aclaración que permite analizar una teoría de forma diferente; como se mencionó, haciendo visible lo invisible (Fernández, 1999).

La autora lleva esto a los campos disciplinarios, y advierte que un sistema teórico se totaliza o banaliza cuando es aplicado a otros campos disciplinarios o plantea “reduccionismos insalvables sobre el campo en cuestión” (Fernández, 1999, p. 15). Con la misma lógica, el proceso contrario, es decir, la des-totalización, puede darse cuando sus conceptos se trabajan de manera local y no global, lo que permite que vuelvan “a adquirir la polivalencia teórica imprescindible para producir nuevas nociones”; habilita el cuestionamiento de certezas; y abre la posibilidad de “pensar aquello que había quedado como impensable” (Fernández, 1999, p. 15).

Finalmente, este trabajo se apoya en los aportes de Rolnik y Guattari (2006) con el fin de pensar la participación y el deseo en el contexto actual, dentro de una lógica industrial y maquínica que moldea y produce determinadas formas de subjetividad en el marco de las sociedades capitalistas.

Estos autores afirman que concebir la economía del deseo como una fuerza productiva primaria implica aceptar que la subjetividad pase a ser una fuerza motriz en la evolución de la sociedad y en la capacidad de producción. Califican a este fenómeno como “mutaciones de la subjetividad”, las cuales no solo inciden en el “registro de las ideologías”, sino también “en el propio corazón de los individuos” (p. 40).

El fenómeno que describen, por tanto, afecta la forma como percibimos el mundo y la articulación del tejido urbano con “los procesos maquínicos del trabajo y con el orden social que soporta esas fuerzas productivas” (Rolnik y Guattari, 2006, p. 40).

En este contexto, proponen el uso de la micropolítica para analizar el poder desde las fuerzas sutiles y la cotidianeidad; desde los diferentes atravesamientos subjetivos como son los deseos los vínculos; y desde el interrelacionamiento que existe en los diversos territorios. Postulan, en definitiva, tomar al deseo como una fuerza capaz de producir y crear, y tener en cuenta que la resistencia opera como nuevas formas de sentir y relacionarse.

Esta noción resulta de enorme valor en el ámbito social al poner énfasis en el proceso de agenciamiento que hace a lo creativo y a la forma como se articulan nuevas referencias y praxis, lo que permite elucidar e intervenir campos de subjetivación que impacten a nivel interior, a través de su relacionamiento con el exterior. Esto supone que el trabajo realizado desde lo social implique mucho más que entender las diferentes dinámicas que existen, además de incluir la responsabilidad de ser activo en las nuevas formas de subjetivación.

## Capítulo 2: Participación y ciudadanía

En este apartado se ahondará en los conceptos de participación y ciudadanía, como ejes centrales para comprender los procesos de transformación social desde una perspectiva comunitaria. A partir de los aportes Montero, Ferullo y Jiménez-Domínguez, entre otros, se examina la implicancia de la participación en el fortalecimiento de la ciudadanía y el sentido de comunidad e identidad.

### ¿Qué es la participación?

De acuerdo con Montero (2004), la participación es fundamental para el desarrollo social y personal, puesto que permite expresar necesidades y compartir experiencias; contribuye al bienestar colectivo; y fomenta la construcción de identidades y la cohesión social mediante el empoderamiento de los individuos y el fortalecimiento de las relaciones dentro de la comunidad. Agrega que el acto de participar se realiza desde la transformación individual y colectiva, llevando adelante acciones precisas, derechos, deberes y logros. En el campo de la psicología social comunitaria, participar es una condición para el fortalecimiento y la libertad (Montero, 2004).

La autora caracteriza la participación desde una perspectiva comunitaria como una “acción conjunta y libre de un grupo que comparte intereses y objetivos”, que tiene vocación socializadora y concientizadora, puesto que “transmite, comparte y modifica patrones de conducta” (Montero, 2004, p. 109). Agrega que la participación se enmarca y relaciona con la historia de la comunidad y el contexto en los que tiene lugar, en un proceso que conlleva la producción e intercambio de conocimiento, consejos, recursos y servicios. Además, le atribuye un sentido de colaboración, al ser una labor grupal donde se comparten relaciones, ideas y recursos materiales y espirituales.

Este concepto, según Montero (2024), involucra además acciones destinadas a lograr los objetivos trazados, tales como organizar, dirigir y tomar decisiones, y presenta patrones democráticos de comunicación entre los participantes.

Asimismo, supone reflexividad, ya que permite evaluar de forma crítica lo que se ha hecho; la creación de normas, con el fin de poder funcionar; además de solidaridad y capacidad de dar y recibir, ya que al mismo tiempo que se realizan aportes al conjunto, también se reciben beneficios por parte de los demás (Montero, 2004).

Señala asimismo que existen diversas definiciones “oficiales” de participación que son proporcionadas por los diccionarios, donde se le atribuyen otros sentidos a este concepto, a los cuales denomina *connotaciones* que están determinadas por la cultura.

Existen diversas definiciones de participación, según la perspectiva con que se la aborde: a) perspectiva política, cuando se la toma como una vía para lograr el poder

o el desarrollo social, o para ejercer la democracia; b) perspectiva comunicacional, en el marco de la cual sirve para informar y ser informado; c) perspectiva económica, a partir de la cual se pueden comparar ciertos beneficios materiales; d) perspectivas mesosocial y microsocial, vinculadas a proceso social y procesos psicosociales, mediante los cuales las personas actúan en conjunto por intereses propios y para generar cambios a nivel social (Montero, 2004).

Con relación a los alcances de la participación comunitaria, señala que se trata de un proceso en el que todos los participantes pueden tanto aprender como enseñar, y que tiene efectos socializantes y concientizadores, debido a que genera pautas de acción y propicia la colaboración y la solidaridad.

En el marco de la participación también se movilizan recursos materiales e inmateriales, se generan vías de comunicación horizontal entre los participantes; se propicia el intercambio de conocimientos; se estimula la capacidad crítica y reflexiva, se fortalece el compromiso; se fomenta la diversidad y la inclusión, al facilitar el diálogo; y se generan nuevas formas de hacer (Montero, 2004).

Afirma que la participación demostró a los psicólogos comunitarios que existen otros actores y otros saberes que intervienen en la investigación y la acción comunitarias que también se deben tomar en cuenta, y señala la persistencia de conflictos entre actores provenientes de dentro y de fuera de la labor psicosocial comunitaria (Montero, 2004).

Por su parte, Ferullo (2006) aborda la psicología social comunitaria e identifica tres pilares sobre los que se apoya: la participación, la psicología y el poder. Según la autora, la participación comunitaria es una transformación dentro de la acción en sí, ya que transforma nuestra identidad. Plantea que el poder es un elemento esencial de la participación comunitaria, puesto que es lo que permite que la comunidad alcance sus objetivos y se logren verdaderas transformaciones sociales. En este sentido, enfatiza su carácter político, donde la ciudadanía, desde un espacio público, puede gobernarse por sí sola.

Ferullo (2006) entrelaza sus investigaciones y su trabajo de campo con aspectos históricos y culturales, sin dejar de lado las resistencias, poderes y roles que van determinando tensiones en los procesos de participación comunitaria en los que se plantea una transformación social, y donde entran en juego personas, instituciones y profesionales que tienen el desafío de obtener más y mejor participación.

Postula que uno de los desafíos en el entorno académico de la psicología comunitaria es tener metodologías adecuadas para lograr una buena participación. Explica que la participación es una noción bastante nueva dentro del pensamiento occidental en la etapa de la modernidad, que está ligada a la noción de individuo, ya

que antes se concebía como una parte de la sociedad sin que fuera independiente de ésta. Subraya como un valor de la participación el propiciar una redistribución de poder que lo vuelve más inclusivo, una vez que más personas intervienen en la toma de decisiones que las afectan.

Al ser una subdisciplina de pocos años, es importante reforzar su visibilización, así como seguir produciendo conocimientos en torno a ella. Esta disciplina tuvo sus inicios en la década de los 70', a través de los aportes de Kurt Lewin y Pichon Riviere. Fue en esa década cuando, tanto en Europa como en América Latina, se produce un aumento importante de la participación social, y es también en este periodo cuando la psicología social recibe diversas críticas, como el estar desconectada de las problemáticas y realidades sociales que se vivían en ese momento.

A partir de ese contexto, la psicología social se abocó a la tarea de encarnar un rol más protagónico basado en investigaciones e intervenciones sociales llevadas adelante desde la acción participativa, como forma de poder problematizar y dar respuestas a problemas sociales tales como pobreza, discriminación y exclusión, entre otros. La autora hace mención a otras contribuciones, como la de Florin y Wandersman (1984), entre otras, quienes afirman que la participación es un mecanismo en el que los sujetos se involucran activamente en la toma de los procesos decisivos de las instituciones, o planificaciones de entidades que inciden en su esfera de acción.

Un aspecto importante que destaca la autora es que la participación se produce tanto cuando se llegan a tomar decisiones como durante el proceso, cuando tienen lugar diversos aprendizajes. Menciona dos aspectos importantes en la participación que están relacionados entre sí: la idealización y la desmitificación. Sostiene que existen efectos deseables y no deseables con relación a logros que se dan bajo determinadas condiciones y, por lo tanto, el proceso generalmente no es algo equilibrado e integrado, con beneficios e intereses para el total de participantes. Por esto, la idealización hace referencia a algunos tipos de participaciones y puede derivar en que su valoración sea positiva y tener consecuencias directas en algunos procesos. La desmitificación se realiza a través de los estudios de diferentes autores referentes en la temática, que discriminan en las formas, grados y condiciones de implementación, y aparecen condicionamientos socioculturales que tienen grandes efectos en los procesos de participación.

Agrega que desde las comunidades se busca que la participación se produzca a partir de tres ejes: el *ser parte*, que involucra una búsqueda de identidad; el *tener parte*, que consiste en tener presente los derechos y obligaciones, y también las pérdidas y ganancias que se ponen en juego; y el *tomar parte*, que se refiere a las

acciones concretas. No siempre se dan los tres ejes, lo cual sería la forma ideal (Ferullo, 2006).

La autora subraya asimismo que se debe contemplar lo social-histórico no meramente como un factor determinante de la existencia humana, sino como un elemento constitutivo inherente al ser y a la vez ejercer una influencia recíproca sobre este.

Con respecto al concepto de *poder*, se puede manejar desde dos dimensiones: una aproximación individualista, que coloca al poder como un objeto, un atributo personal, casi medible, y el aspecto relacional, donde se lo dimensiona desde un proceso dinámico, asimétrico.

En este sentido, Foucault (1993, como se citó en Ferullo, 2006), destaca la importancia de pensar en los poderes como una relación en desigualdad, que se ejerce, circula y tiene efectos transversales, y se mueve en torno a las relaciones. Las relaciones de poder se dan en sí mismas, por esto el autor destaca y le atribuye el efecto productor, ya que se dan efectos inmediatos, diferenciaciones y divisiones que producen desequilibrios. En este contexto también se produce una resistencia que se manifiesta a través de diferentes estrategias: cuando hay poder ineludiblemente trae el factor resistencia, ya que el poder se asocia con el control. A veces este poder es eficiente, y muchas veces la influencia que se ejerce tiene aceptación, pero otras veces requiere de aprobación, y entonces entran en juego diferentes valoraciones (Foucault, 1993, como se citó en Ferullo, 2006).

En cuanto al rol del psicólogo en el ámbito social, este ha ido evolucionando desde una perspectiva netamente vinculada a la salud del individuo, hacia una mirada integradora en el campo psicológico, donde la salud se concibe como generadora de potencial y capaz de brindar mayor desarrollo y bienestar.

Esta nueva perspectiva se le atribuye al modelo biopsicosocial, en el cual se concibe lo cultural como un aspecto determinante, y se considera al ser humano responsable de su salud y enmarcado por diferentes líneas de significaciones. (Ferullo, 1993).

A este respecto, Ferullo (1993) considera que la tarea del psicólogo en el ámbito social es sostener un proceso en el cual se puedan generar dispositivos que permitan tener una autorreflexión crítica, producir demandas y propiciar autoevaluaciones desde la propia comunidad con la que se trabaje, lo cual conlleva la aceptación de las decisiones que se tomen. El psicólogo muchas veces tiene que trabajar con situaciones difíciles e incluso sostener decisiones que toma la comunidad y que a su entender no son las más indicadas. Además, corresponde siempre trabajar apostando a las oportunidades, con los cambios y desafíos continuos que se presentan,

y muchas veces estos cambios no surgen de la comunidad. En estos casos, se requiere del profesional una actitud de aceptación y acompañamiento.

Otro punto relevante en lo que refiere al rol y accionar del psicólogo en el ámbito comunitario, tiene que ver con situaciones en las que los equipos de trabajo marcan metas generales, lo que se propicia que sean los propios interesados quienes fijen qué tipo de mejoras en sus condiciones de vida desean y trabajen para alcanzarlas. En este contexto, desde la psicología social comunitaria se debe fomentar la participación crítica, en el sentido de hacerla consciente para los integrantes de la comunidad.

A este respecto, Hernández (1994, como se citó en Ferullo, 2006) sostiene que, en este tipo de participación, el énfasis, en términos operativos, debe estar en las posiciones y los roles, y que es a partir de estos que se fortalecen los lazos sociales y se unifican las diferencias, sin tener que ser anuladas.

## **2.1 Psicología comunitaria**

La psicología comunitaria tiene un origen estadounidense y otro latinoamericano, y en ambos casos surge como una reacción contraria a la psicología clínica. Surgen en la década del sesenta y del setenta. En el caso de la línea latinoamericana, surge para dar respuestas a problemas que en esos momentos desde la psicología social no tenían resultados favorables, resultaban ser insatisfactorios.

Por su parte, Montero (1982, como se citó en Ferullo, 2006) conceptualiza la psicología comunitaria tomando como punto fundamental el enfoque psicosocial para conocer cuáles son las características principales que permiten que los individuos tomen el control en el manejo de estrategias vinculadas a situaciones personales y sociales, de manera de actuar con poder en la resolución de problemas, llegando incluso a poder cambiar sus realidades sociales.

Otra de las definiciones que trabaja la autora es la que proponen Rodríguez Marín et al. (1989, como se citó en Ferullo, 2006, p. 99), quienes consideran a la psicología comunitaria como una “ciencia de la salud”. Esta definición le da un carácter interdisciplinario fundamental a la psicología comunitaria, una vez que trabaja, acuerda y se complementa con otras disciplinas como la medicina, la epistemología, la sociología, entre otras, para dar respaldo a las políticas de prevención de enfermedades, promoción de salud y educación en la salud.

## 2.2 Ciudadanía, participación y vivencia comunitaria

En este apartado se desarrollan en profundidad los conceptos de ciudadanía, participación y vivencia comunitaria propuestos por Jiménez-Domínguez (2008).

El autor sostiene que tanto el término ciudadanía como el de participación son “polisémicos y conllevan mucha historia” (Jiménez-Domínguez, 2008, p. 55), como ocurre a su entender con todos los conceptos de las ciencias sociales.

En cuanto a la ciudadanía, afirma que consiste en el ejercicio de derechos y deberes dentro de una comunidad política, más allá de la pertenencia legal a la misma, y le atribuye tres dimensiones: la *ciudadanía activa*, que implica la participación efectiva en la vida política y social de la comunidad; la *ciudadanía crítica*, que involucra una reflexión por parte de la comunidad, sobre el poder y los sistemas que rigen la vida colectiva; y la *ciudadanía comunitaria*, que se basa en la construcción de identidades colectivas desde el tejido social.

El autor plantea que, en la actualidad, la ciudadanía se define a partir de dos dimensiones: una vinculada a la pertenencia legal a un Estado, la cual supone una condición jurídica que implica “la sumisión a la autoridad del Estado y el libre ejercicio de los derechos que el Estado otorga” (Jiménez-Domínguez, 2008, p. 55). La otra está relacionada con el ejercicio activo de derechos y deberes dentro de la comunidad.

A su vez, Cisneros (1998, como se citó en Jiménez-Domínguez, 2008), clasifica la ciudadanía en cuatro dimensiones:

a) *Concepción limitada*, en el marco de la cual se confunden ciudadanía y nacionalidad y reduce los derechos de las personas a la autoridad estatal.

b) *concepción amplia*, contempla el derecho de los miembros de una comunidad política a participar de manera activa y equitativa en la vida política del Estado.

c) *Concepción vertical*, donde el vínculo del sujeto con el Estado se basa en la imposición y el sometimiento. Esta dimensión refleja un cambio entre la relación “súbdito-soberano” a la relación “ciudadano-Estado”, y se basa en la idea de “libertad como autonomía del individuo” (Jiménez-Domínguez, 2008, p. 55).

d) *Concepción horizontal*, la cual supone la aspiración de la igualdad no solo en el plano de los derechos individuales, sino también en el de los derechos de los grupos.

De acuerdo con Cisneros (1998, como se citó en Jiménez-Domínguez, 2008), los derechos del hombre y del ciudadano fueron los que sentaron las bases de la tolerancia como principio del Estado liberal, vinculado al respeto por el otro y la igualdad democrática.

Sin embargo, el autor pondera que tal vez se trate de una visión clásica de la ciudadanía, que no esté a la altura de los desafíos que enfrentan las sociedades

latinoamericanas en la actualidad, dadas las crisis económicas, las nuevas identidades y los debates en torno al proyecto de nación. Por esta razón, propone avanzar hacia una ciudadanía que garantice efectivamente los derechos de los grupos con identidades culturales minoritarias (como se citó en Jiménez-Domínguez, 2008).

Por su parte, Bellamy (2002, como se citó en Jiménez-Domínguez, 2008, pp. 57-58) considera que, actualmente, las personas buscan crear instituciones que les permitan acceder a la autonomía individual y a poder participar de forma real en todos los ámbitos de poder de la sociedad. Para eso, propone el establecimiento de prácticas para que los ciudadanos “puedan lograr acuerdos sobre las formas de estar en desacuerdo” (Bellamy, 2002, como se citó en Jiménez-Domínguez, 2008, p. 58).

Jiménez-Domínguez (2008) propone asimismo que, en el marco de la discusión actual sobre ciudadanía, se contemple la universalización y democratización de los valores y subraya que el proceso de globalización cultural, que tiende a generar una homogeneización de las prácticas y valores, no debe imponerse sobre las particularidades culturales de los distintos grupos, lo que sugiere la necesidad de que se forje una nueva ciudadanía pluralista dentro de la llamada tolerancia multicultural, término que refiere a la manera en que los diferentes grupos pueden aceptarse o rechazarse mutuamente.

Entre los principales obstáculos que el autor destaca para el desarrollo de la ciudadanía son la desigualdad y la pobreza estructurales de las que son objeto la mayor parte de latinoamericanos, en especial las grandes distancias entre los más ricos y los más pobres y la persistencia de comunidades pobres controladas por formas de dominación tradicionales, entre las que menciona los cacicazgos y los gamonales. Estos obstáculos generan las denominadas democracias delegadas, donde “los electores eligen al líder y delegan en él toda la responsabilidad, luego se desentienden casi por completo de la política” (Jiménez-Domínguez, 2008, p. 60).

Según Borja (1995, como se citó en Jiménez-Domínguez, 2008, p. 65), en la actualidad, la participación ciudadana es una condición indispensable de la democracia social, tanto por principios como por razones prácticas y de eficiencia en la gestión pública. Advierte que con el crecimiento de las ciudades las demandas se vuelven cada vez más específicas y son reivindicadas por grupos muy heterogéneos, lo cual supone que para darles respuesta se requieran cada vez más procesos de deliberación y participación.

Este autor resalta asimismo el concepto de identidad urbana, al que aborda desde la perspectiva de la psicología social urbana y la psicología ambiental, a instancias de la cual destaca el “vínculo necesario entre solidaridad, apropiación e identidad” (p. 66), y también constata que cuanto la sostenibilidad se hace más viable en la medida en que



se vuelve más participativa, y que esto solo es posible cuando a nivel barrial o comunitario existe una fuerte identidad social.

A partir de esto, Pol et al. (2000, como se citó en Jiménez-Domínguez, 2008, p. 66), afirman que “el espacio como referente del significado se convierte en lugar a través de los mecanismos de apropiación y la identidad personal adquiere así un componente de lugar”.

Dentro de las estructuras políticas, la identificación con lo local hace que se desarrollen comunidades cerradas en sí misma, con un interés propio, lo que deriva en que se vea fortalecida la identidad con la comunidad. Pero cuando esta comunidad se politiza se plantea un obstáculo, puesto que se fragmenta en pequeñas comunidades locales.

En la misma línea, Selznick (2002, como se citó en Zúñiga, 2008, p. 155) señala que el universalismo “es más precario y más distintivamente humano”. Agrega que la perspectiva impersonal es fruto de la capacidad de razonar, así como de la cooperación y la reciprocidad, y señala que el poder razonar “crea exigencias de consistencia y de justificación”, las cuales se vuelven “rasgos característicos de la interacción humana”, lo que lleva a que el argumento moral impregne la vida cotidiana. Y concluye: “En todas partes es un elemento importante del orden simbólico que llamamos cultura” (Selznick, 2002, citado en Zúñiga, 2008, p. 155).

En síntesis, Zúñiga (2008), plantea que la sociedad contemporánea exige que la acción comunitaria se manifieste a través de las acciones colectivas que sean congruentes con los múltiples intereses de la población, guardando sintonía con las identidades, tomando en cuenta que estas identidades son inherentemente múltiples y pueden superponerse o ser confrontativas. Esta complejidad produce tensiones entre ideologías rígidas y totalizadoras como las adaptativas de carácter flexible y cambiantes, generan tensiones que pueden terminar afectando las identidades y las pertenencias tradicionales o heredadas.

### **2.3 Ciudadanos, identidad y Globalización**

El concepto de ciudadanía ha ido cambiando a lo largo de la historia, acompañando los cambios sociales y culturales de cada época. Entre otros aspectos, han cambiado los derechos y deberes de los ciudadanos, así como las tomas de decisión. A este respecto, García Canglini (1995) subraya que existe una fuerte vinculación entre los procesos de globalización que se vienen produciendo en las últimas décadas, en particular en lo que respecta a los cambios en el consumo, y las diferentes formas de toma de decisión.

De acuerdo con el autor, el consumo tiene una injerencia importantísima en todas las decisiones que tomamos en el día a día, tomando en cuenta que existe una visión, a nivel social, que determina el valor de las personas en función de los bienes materiales que posee. Sostiene que ese criterio de catalogar a las personas por lo que tienen, y no por sus valores, es inherente a la cultura capitalista, la cual no valoriza aquellos valores que no respondan a lo material y el consumo, y considera que la persona es o no es según sus bienes y sus decisiones de consumo. Asimismo, en este sistema, el ser humano se valora por lo que tiene y no por lo que es o por lo que puede hacer; mientras que, a nivel del Estado, los sujetos se categorizan, además de por el consumo, según el estrato social al que pertenecen García Canglini (1995).

En ese escenario, la persona no es capaz de hacer un análisis, de tomar distancia de esa escala de valores, y cuestionar la forma como toma sus decisiones de consumo, preguntándose por qué y para qué está comprando algo. Esta manera de pensar impacta no solo en los individuos, sino también en las políticas públicas que se implementan, y constituye una forma de pensar que impregna todos los aspectos de la vida de las personas, incluyendo su subjetividad y la forma de relacionarse con otros, a quienes se mira y juzga en función de estos criterios (García Canglini, 1995).

Agrega que el capitalismo promueve una forma de pensar que impide que los ciudadanos sean tomados en cuenta como sujetos activos, capaces de tomar decisiones y de tener participación.

Un aspecto que resalta de este sistema es que, a instancias de la globalización, estos cambios impactan a ciudadanos de todo el mundo, sin importar la región o el país en el que se encuentren, dando lugar a un proceso de despersonalización, donde lo único que importa es lo que se tiene y no lo que se es.

García Canglini (1995) señala como factor que potencia este proceso de globalización, con su correspondiente propagación de los valores del capitalismo a nivel mundial, la inmediatez habilitada por la tecnología, que hace posible que la información circule rápidamente por todo el mundo. Esta velocidad de propagación de la información contribuye a difundir determinadas formas de consumir, como las que fueron mencionadas, además de impactar en todos los ámbitos de la vida: social, políticos y económicos.

En lo que respecta a las personas como ciudadanos, las formas de consumo asociadas al capitalismo han generado cambios a nivel cultural y de comportamiento. Según García Canglini (1995), estos procesos nos han vuelto más individualistas, y han transformado nuestro pensamiento, subjetividad y percepción.

Es importante señalar que, tal como indica el autor, el ejercicio de la ciudadanía estuvo asociado, por lo general, a la capacidad de los ciudadanos de apropiarse de los

bienes y a los modos de usarlos. Si bien existían diferencias entre los ciudadanos, en cuanto a la capacidad de apropiación y uso de bienes, esas diferencias estaban niveladas por la igualdad en derechos abstractos que se concretaban al votar, al sentirse representado por un partido político o un sindicato.

No obstante, en el marco de los cambios que estamos describiendo, se viene produciendo una descomposición de la política, acompañada de un profundo descreimiento en sus instituciones, lo que conlleva que ganen fuerza nuevas formas de participación. Esto, entre otros aspectos, lleva a que los ciudadanos ya no encuentren respuestas a preguntas tales como a dónde pertenezco, qué derechos tengo, dónde debo buscar información o quién representa mis intereses, en las reglas abstractas de la democracia o en la participación colectiva en espacios públicos, sino en el consumo privado de bienes y en los medios masivos de comunicación (García Canclini, 1995).

El autor considera “coherente” que, en este contexto, las personas “nos sintamos convocados como consumidores aun cuando se nos interpele como ciudadanos” (García Canclini, 1995, p. 13). Agrega que la “tecnoburocratización de las decisiones y la uniformidad internacional” reducen las posibilidades de debate en el ámbito social, una vez que la globalización genera la percepción, en los ciudadanos, que las directrices que orientan a las sociedades se consolidan en “globales inalcanzables y que lo único accesible son los bienes y mensajes que llegan a nuestra propia casa y usamos ‘como nos parece’” (García Canclini, 1995, pp. 13-14).

En otro orden, afirma que estos cambios conllevan que las identidades —que, según el autor, en épocas anteriores se definían por lo que denominan esencias ahistóricas—, se configuren en el nuevo contexto por el consumo, y están sujetas a los bienes de la persona.

De acuerdo con García Canclini (1995), los cambios constantes en las tecnologías de producción, el diseño y la comunicación entre sociedades, lo que provoca mayor deseos y expectativas, producen inestabilidad en aquellas identidades ancladas en repertorios de bienes exclusivos de una comunidad étnica o nacional.

Destaca, en este sentido, que la idea vigente en las décadas de los 60 y los 70, de que las personas eran valoradas por lo que era, no por lo que se tenía generaba un equilibrio reivindicar lo propio dentro de una nación, configuraba el resguardo de la propia identidad, pero al exponerse a la gran explosión de globalización y los bienes de consumo, se ve afectada la estructura política.

A partir de lo que plantea el autor, se puede concluir que la globalización, enmarcada en un sistema capitalista en expansión y traducida, entre otros aspectos, en las formas de consumo señaladas, producen cambios que afectan incluso la identidad, la

cual ya no se gesta a partir de la lucha de clases o de los reclamos por la igualdad de derechos.

En la actualidad, la identidad se define a partir de las diferencias económicas y de la forma de consumo, y también en las expectativas generadas a nivel personal y social. Otro aspecto de la globalización es que se caracteriza por una interconexión operativa de diversas actividades económicas y expresiones culturales que se encuentran dispersas geográficamente. Este fenómeno implica un sistema de producción y distribución de bienes y servicios que operan de diversos núcleos de poder, esto hace que la velocidad con que se transmite la información sea un hecho fundamental, sin depender de la ubicación geográfica (García Canclini, 1995).

Así, señala que ciudadanía y derechos van más allá de lo formal; reflejan la lucha por reconocer a los otros como sujetos con intereses, valores y demandas legítimas (García Canclini, 1995).

Agrega que los derechos se han “reconceptualizado”, convirtiéndose en “principios reguladores de las prácticas sociales” (p. 19), en el marco de un intercambio recíproco entre obligaciones, responsabilidades, garantías y prerrogativas de cada uno. “Se concibe a los derechos como expresión de un orden estatal y como ‘una gramática civil’, concluye el autor (García Canclini, 1995, p. 19).

Una de las propuestas de este autor es repensar a la ciudadanía y redefinirla como una estrategia política, haciendo referencia a la necesidad de buscar diferentes estrategias políticas desde las prácticas y la participación que apunten a que los ciudadanos participen de manera más activa, estén más involucrados con el accionar, haciendo con que los resultados se vean reflejados, por ejemplo, en políticas públicas.

También aboga por políticas destinadas a que la ciudadanía pueda ejercer sus derechos, generando nuevos comportamientos y pensamientos, así como nuevas críticas a la forma como el orden jurídico se ve afectado por las nuevas subjetividades que van aflorando en pos de esta renovación de la sociedad.

En este contexto, el mayor desafío en la actualidad radica en repensar estrategias políticas, dentro de un marco teórico donde el Estado acepte el desarrollo autónomo de las diversas comunidades; donde se respeten los derechos de la igualdad y también los derechos que los diferencian.

### **2.3.1 El consumo sirve para pensar**

García Canclini (1995) subraya el fuerte impacto que tuvo en el abordaje de la ciudadanía, el cambio tecnológico y audiovisual, a los que define como formas audiovisuales y masivas mediante las cuales se organiza la cultura, que dependen de criterios empresariales de lucro.

Asimismo, afirma que las tendencias a la desregularización y la privatización, sumadas a la concentración de las empresas a nivel transnacional, han reducido las voces públicas, que pasaron a utilizar los medios masivos de comunicación, para realizar sus reclamos y ejercer sus derechos ciudadanos, en lugar de acudir a los organismos estatales o institucionales.

Finalmente, denuncia que los cambios mencionados, con su correspondiente reestructuración de la economía y la cultura, propicia que las decisiones sean tomadas de manera exclusiva por élites tecnológico-económicas, y provoca nuevas formas de exclusión de las mayorías, que son concebidas como clientes (García Canclini, 1995).

De acuerdo con el autor:

La pérdida de eficacia de las formas tradicionales e ilustradas de participación ciudadana (partidos, sindicatos, asociaciones de base) no es compensada por la incorporación de las masas como consumidoras u ocasionales participantes de los espectáculos que los poderes políticos, tecnológicos y económicos ofrecen en los medios. (García Canclini, 1995, p. 25)

### **2.3.2 Ciudadanía, estado y espacio público**

En este capítulo se pone en diálogo al concepto de ciudadanía marcado por la afectación de la globalización a nivel social, político y de los espacios públicos. En este contexto, se piensa en las sociedades, la globalización del consumo y la ciudadanía, principalmente a partir de la dimensión política y desde la perspectiva de derechos, sin profundizar en las dimensiones afectiva y económica.

El objetivo de esta exploración es comprender cómo incide la globalización en los ámbitos mencionados; qué peso tiene en nuestras elecciones, decisiones, gustos y hábitos; y de qué manera influye en la cultura.

Según García Canclini (1995) y Sequera y Janoschka (2012), el término *ciudadanía* ha ido cambiando en las últimas décadas, pasando de ser un concepto que determinaba los derechos y obligaciones de los sujetos, a un constructo mucho más complejo en el que la participación emerge como un elemento fundamental a nivel de las políticas democratizadoras. Agregan que, en un comienzo, a partir de las ideas de Marshall (1997, como se citó en Sequera y Janoschka, 2012), el término ciudadanía estaba centrado en la interacción entre el estado y el sujeto, haciendo foco en la relación de los ciudadanos con sus derechos y obligaciones. No obstante, en las últimas dos décadas, el ciudadano, a instancias de las corrientes neoliberales, comenzó a ser concebido por el estado como un consumidor, lo que lo convierte en un sujeto pasivo (Sequera y Janoschka, 2012).

Esta transición experimentada por el concepto de ciudadanía tiene su origen en las llamadas luchas políticas, las cuales evolucionaron, a su vez, al pasar de ser ámbitos donde las personas se unían para reclamar cambios vinculados a derechos, por parte del Estado, o afrontar normas estatales consideradas hegemónicas dominantes, y generar opiniones diversas. Esta nueva modalidad de lucha se vincula a la resistencia y se caracteriza por unir a las personas más allá de su condición social y aspirando a la construcción de nuevos pensamientos. En este marco, comenzaron a reivindicarse nuevas normativas y legislaciones que se caracterizaran por ser más diversas e inclusivas en cuanto a opciones y participación del propio ciudadano, lo que supone que no todo sea derivado de manera unilateral, del estado. Esto constituye el gran cambio que, según estos autores, se ha producido en lo que refiere al término de ciudadanía y su relación con el estado. Esta nueva forma de relacionarse tiene efectos en la ciudadanía y en nuestra construcción de identidad (Sequera y Janoschka, 2012).

De acuerdo con los autores, estos cambios permiten visualizar cómo la ciudadanía se va conformando y se ve afectada según la geografía, lo que incluye los espacios públicos, los cuales pueden incluir instituciones. Estos espacios son muy importantes, puesto que en ellos se pueden generar consensos y una mayor integración, y se construyen nuevos pensamientos y formas más críticas de pensar, incidir, y a la vez, seguir luchando y definiendo diferentes objetivos de una manera más democrática.

Agregan que este cambio conceptual se relaciona con tendencias observadas en los Estados-nación occidentales, donde las solicitudes de participación son consideradas elementos centrales en las políticas democráticas y de democratización. Esta forma de resistencia toma como base tanto la identidad como la diferencia, buscando abordar la ciudadanía sin vincularla necesariamente al estatus de autoridad que otorga un Estado.

Es por todo lo expuesto que, de acuerdo con los autores, se analiza el conflicto político que habita ya en los espacios públicos y en los cuales se involucran las instituciones y las diferentes escalas geográficas. Este aspecto se presenta como un desafío para el estudio de la política entre la teoría y el espacio territorial de acción que establecen las políticas comunitarias.

Se puede afirmar, entonces, que los autores se centran en una discusión teórica sobre tres conceptos de ciudadanía: ciudadanía como estatus o práctica; ciudadanía como dominación o empoderamiento; y ciudadanía a partir del neoliberalismo, la globalización y la transnacionalización.

En cuanto al término de ciudadanía como práctica o estatus, esta concepción tiene varias implicancias, entre otras, el ser visto como una práctica donde el estado

aprueba y dispone leyes con derechos y obligaciones para determinados sectores, como puede ser el de los migrantes.

La ciudadanía como dominación o empoderamiento supone que la ciudadanía puede ser evaluada como elemento de poder y dominación, que es cuando se genera una estratificación social por parte del estado, o de empoderamiento, que es cuando se realiza una acción colectiva por parte de los movimientos sociales, para criticar al poder político y propiciar cambios a nivel de las normativas ya dispuestas por el estado nación.

Finalmente, la ciudadanía se puede ver transformada a través de los transnacionalismos de las relaciones sociales. En este contexto, la posibilidad de conocer las formas de relacionamiento social en otros estados-nación, propicia la capacidad de repensar las lógicas de la ciudadanía nacional

Esto pone de manifiesto la forma como el concepto de ciudadanía fue cambiando. Antes, se daba de una forma más estructurada y fragmentada en cuanto a las distintas áreas en las que se podía incidir —como salud, educación, entre otros temas— y también se ejercía fundamentalmente a través del estado, que imponía derechos y obligaciones y tomaba decisiones de manera hegemónica

Según Janoschka (2011, como se citó en Sequera y Janoschka, 2012), en la era neoliberal, la política urbana se basa en nuevas reglas y programas que valorizan la ciudad desde un enfoque económico. Esto tiene como consecuencia la reorganización de la política urbana, en función de una lógica basada en la administración privada y capitalista, lo cual, según la autora, incluye la desregulación y privatización de servicios urbanos básicos.

Un ejemplo de esto son las prácticas de consumo dentro de las metrópolis, que marcan una gran diferencia en los espacios públicos, en los direccionamientos de poder a través de lo material y lo simbólico, lo que resulta en nuevos procesos de subjetividad y afectaciones de los sujetos. Además, según el uso y el acceso a estos lugares públicos o privados con acceso “libre”, se termina restringiendo, en la realidad, para determinados grupos sociales. En este sentido, Aramburu (2008, como se citó en Sequera y Janoschka, 2012, p. 517) sostiene que el espacio público “es un concepto urbano —configurado por las calles, plazas y parques de una ciudad— y político al mismo tiempo, es decir, la esfera pública en la cual la deliberación democrática es posible”.

Según De Giorgi (2002, como se citó en Sequera y Janoschka, 2012, p. 520), la arquitectura es uno de los factores que influye directamente en cómo se ejerce control sobre la población dentro de las ciudades. Esto porque según cómo esté diseñada, puede obstaculizar el encuentro con el otro y pasa a convertirse en un disciplinamiento de cuerpos a través de la no visibilización. Asimismo, en las formas de reorganización pública de los espacios se deben tener en cuenta las políticas de escala geográfica, por lo que

Sequera y Janoschka (2012) destacan la existencia de una estrecha relación entre la ciudadanía y el poder con la escala geográfica. Afirman a este respecto que el poder viene desde la propia urbanización, desde las inversiones en infraestructura, hasta de seguridad, todo lo cual está determinado por leyes nacionales con intereses capitalistas Sequera y Janoschka (2012).

Otra forma de ver la relevancia de la escala es cuando, a nivel local, un grupo de vecinos —lucha ciudadana—, se presenta ante la municipalidad para resolver un problema. Este problema —presentado a nivel local— puede depender de la órbita nacional e, incluso, de una instancia global (Sequera y Janoschka, 2012).

La lucha también puede librarse de manera conjunta con colectivos globales que puedan tener incidencia en la temática propuesta. En este ejemplo, se pone de manifiesto, además, la afectación en las respuestas y resoluciones recibidas, ya que los límites son difusos: se puede pasar de una escala a otra y viceversa. La producción del espacio público neoliberal, cuando políticas y lógicas globales o nacionales tienen efectos devastadores a nivel de espacios públicos en el ámbito local o barrial, transformando sus plazas, calles y su vida cotidiana (Sequera y Janoschka, 2012).

Cuando hablamos de identidades colectivas está directamente relacionado con las escalas a través del poder, a través de las reivindicaciones de luchas de construcción de identidad en las diferencias con los poderes hegemónicos se producen las escalas y la ciudadanía (Sequera y Janoschka, 2012).

Con base en todo lo mencionado, los autores destacan la necesidad de cuestionar las “inherentes relaciones de poder que se manifiestan en los espacios públicos y que perjudican a los más débiles, entre los cuales muchas veces se encuentran los inmigrantes, que reúnen la condición doble de carecer de plenos derechos y de sufrir la exclusión múltiple de los espacios públicos, vigilados y controlados” (Sequera y Janoschka, 2012, p. 520).

También llaman a cuestionarse sobre la forma como las personas emplean los espacios públicos para reconstruir “unas relaciones sociales densas, logrando la reapropiación de lugares de los cuales han sido expulsados de forma explícita o, por lo menos, simbólica” (Sequera y Janoschka, 2012, p. 520). Ante esto, proponen pensar en lo que denominan la “contra-manipulación de las políticas de lugar mediante la creación de nuevos significantes y sentidos” (Sequera y Janoschka, 2012, p. 520).

Otro autor que aborda esta temática, con énfasis en el lugar que ocupa el Estado en el marco de la ciudadanía es Lewkowicz (2006), quien además pone en juego en esta tensión el concepto de subjetividad. Según Lewkowicz (2006), la relación de la ciudadanía con el estado consiste en un contrato social en el que participamos todos; en el que somos todos, pero a la vez para que no es nadie. Esto supone una desvalorización del



ciudadano, puesto que, al estado perder incidencia, se deja todo librado al mercado, al consumo, a las reglas de mercado, sin que se sepa quién impone esas normas.

Lewkowicz (2006) también habla del modelo neoliberal, con reducción del estado, que se vive en Occidente. Más allá de las implicancias burocráticas, este modelo tiene implicancias subjetivas en cuanto a la forma como nos cuidamos entre ciudadanos y qué tipos de reglas de funcionamiento y de vida colectiva nos damos, siendo que el estado se muestra inexistente, lo que da lugar a que, a falta de normas, rija la ley del más fuerte.

Este autor agrega a esta temática el concepto de subjetividad, entendida como algo que nos transforma dependiendo de las vivencias, el contexto histórico y las relaciones sociales que se dan en los diferentes espacios, a partir de la interacción entre lo individual y lo social, la cual tiene códigos y significados que nos construyen socialmente.

Para pensar en estas dimensiones a nivel de la subjetividad, Lewkowicz (2006) indaga en lo que sucede cuando nos pensamos sin un estado que nos proteja, regule y nos deje expuestos al poder del mercado. En el marco de esta lógica, agrega, aquel que tiene para pagar es el que tiene los derechos, lo que conlleva que el estado de derecho pasa a operar solo para quienes puedan pagar, y el que no pueda hacerlo, no tendrá acceso a bienes y servicios y tampoco a derechos, por no estar dentro del sistema productivo.

Según el autor, el estado no es un ente separado de nosotros; nosotros somos el Estado, por lo cual, este reproduce las lógicas que se dan a nivel de la ciudadanía. En este escenario, cuando se produce una discriminación, esta tiene que ver con cuestiones culturales, ya sea que se discrimine al extranjero, al diferente, o a determinados modelos como más aristocráticos, que también se reproducen y también se reproducen en la interna del Estado. En igual sentido, cuando el estado habilita ciertas negociaciones y se reconocen esas diferencias, la participación se convierte en una concepción propia del Estado de derecho, y a través de ella se producen cambios tales como respetar el poder de decisión de esas minorías y equilibrar desigualdades. En este sentido, Lewkowicz (2006) aclara que la participación por sí sola no garantiza los cambios, sino que esto debe darse a través de que el Estado, cuya lógica reproduce la lógica de la sociedad, la habilite. Por el contrario, cuando el Estado se ausenta y quedamos regulados solamente por el mercado, esa habilitación queda trunca.

En este contexto, el Estado Nación pasa por un profundo proceso de cambio, puesto que deja de estar arraigado a la identidad social para extenderse a otros mercados, a través de la globalización y a partir de las operaciones capitalistas.

A su vez, esos mercados se abren cada vez a otros países, a otras regiones, a veces interactúan directamente con los ciudadanos a través de una macroeconomía, dejando de lado el mercado nacional Lewkovicz (2006).

En definitiva, según el autor, el ciudadano termina perdiendo su protagonismo social para ser solo un consumidor.

Como conclusión, podemos decir que existe cierta ambivalencia: si bien el ciudadano queda en el rol de consumidor, a raíz de la globalización, también forma parte del Estado nación, ya que este se mantiene y retroalimenta a través de los ciudadanos. Es por eso por lo que lo que sucede a nivel social se ve reflejado en lo que pasa a nivel del Estado, y viceversa.

En medio de esta ambigüedad, y a partir de lo que postula Lewkovicz (2006), actualmente la ciudadanía se ejerce no tanto a través de la reivindicación de derechos y obligaciones, sino a través de la movilización de colectivos y gente con diferentes criterios, diferentes pensamientos, que logran ejercer otro tipo de democracia y hacerse valer a través de estas otras prácticas, por eso la importancia de los espacios públicos que favorecen y propician estos encuentros. El Estado nación no es sin los ciudadanos y los ciudadanos no pueden manejarse fuera del Estado: el uno no puede existir sin el otro.

### **Capítulo 3 Memoria e Identidad**

#### **3.1 Identidad social como forma de consumo**

Los conceptos de comunidad y sociedad presentan diferencias que involucran sus respectivos abordajes y alcances. Como se señala en Soto Casasola (2023), mientras la sociedad es fruto de un contrato en el que intervienen las decisiones individuales y los intereses particulares de quienes lo suscriben, en la comunidad, cada individuo es concebido como una parte de esa totalidad está regida por el interés común, y a partir de esta característica, todo lo que afecta a un individuo afecta también a la comunidad, de lo que se desprende que, al perseguir un bien propio, también está persiguiendo el de todos. En este sentido, se destaca que en toda comunidad existe una tensión entre los intereses individuales y los colectivos.

También se señala una dicotomía entre sociedad y comunidad, la cual se refleja, según menciona el autor, en que la sociedad se expresa de manera mecánica, artificial e ideal, mientras que la comunidad, por el contrario, es algo orgánico, natural y real. A partir de estas características atribuidas a lo comunitario surge la relación entre el ideal comunitario y la resistencia. Según Soto Casasola (2023), la comunidad es un espacio ideal de resistencia frente a la dominación.

Otra característica distintiva de la comunidad es que opera como un sistema en el que sus elementos son inseparables, actúan de manera coherente y su interacción trae como consecuencia que los atributos que desarrollen sus integrantes por separado influyen a los demás. Entre esos atributos se menciona el de identidad, la cual se produce a partir de la comunicación entre los miembros de una comunidad.

En el artículo, el autor destaca el vínculo entre representaciones sociales y comunicación, dos elementos que se presentan como fundamentales en la construcción de la identidad social, y a los cuales se les atribuye una relación recíproca o bidireccional, ya que uno no existe sin el otro. Se parte de la base de que toda comunicación, así como todo comportamiento humano, se desarrollan en el marco de un sistema, es decir, de forma sistémica, lo que requiere que su abordaje sea colectivo y que se evite aislarlos de manera artificial. A partir de esta idea, surge que la construcción de la identidad debe ser abordada desde la estructura de la comunidad.

No obstante, el autor advierte que, en la actualidad, la identidad es tomada como una forma de consumo asociada a la idea de progreso, en el marco de un discurso que se nos ha impuesto, en el que prevalecen las ideas de desecho y descarte.

Soto Casasola (2023) también menciona que la identidad se ubica en el contexto de las relaciones que se producen entre un grupo de pertenencia, denominado endogrupo, y un grupo externo llamado exogrupo, donde se interrelacionan los componentes personales y colectivos que hacen a la identidad del individuo, como los grupos sociales a los que pertenece. En este sentido, la autovaloración que un individuo hace de sí mismo se relaciona con la necesidad de pertenecer a grupos valorados de manera positiva.

Como principal enemigo de la comunidad, Soto Casasola (2023) menciona al individuo que prioriza en su propio beneficio y apuesta a competir con el fin de obtener lo máximo con el menor costo, lo cual erosiona la vida en común. Se destaca, a este respecto, que en el marco de la ideología capitalista, en la cual nuestra sociedad está inmersa, se generan discursos que buscan convertirnos en individuos destinados a ser consumidores y productores de lucro.

Finalmente, Soto Casasola (2023) hace mención a la teoría de las representaciones sociales, las cuales son una herramienta que permite comprender las relaciones que se producen entre los miembros de un grupo dentro de un espacio. En el contexto de esta teoría, se parte de la base de que tanto los individuos, como los grupos y las sociedades, piensan a partir de las representaciones que se van creando a nivel social, a lo largo de su historia.

Otra forma de definir a las representaciones sociales es tomarlas como sistemas de pensamiento dinámicos y cambiantes que le dan sentido a nuestra realidad a partir de

las creencias y tradiciones, y que además operan como guías de acción y pensamiento a través de tres elementos: pensamiento, objetivación y anclaje. La memoria social, agrega el autor, juega un rol clave justamente en este último elemento, debido a su capacidad para activar el bagaje sociocultural de quienes crean una representación de algo nuevo, como puede ser la identidad en construcción (Soto Casasola, 2023). Puntualiza, en este sentido, que la identidad es la constitución del yo y el sentido que le damos a la memoria, mientras que la narrativa es la exploración de los aspectos lingüísticos vinculados a la experiencia humana.

Debido a que las identidades se construyen en el marco de las prácticas sociales, sólo pueden entenderse a partir de su relación con el contexto social en el cual surgen. Por tanto, analizar la identidad a partir de una perspectiva discursiva o narrativa conlleva la noción de que la identidad no es una experiencia o producción individual, sino social, estable y variable según el entorno.

Además, estas narrativas tienen la capacidad de retroalimentar al sistema de manera de fomentar una pérdida de la estabilidad con el fin de desviarse de lo establecido y generar el cambio o crecimiento del sistema. En su artículo, Soto Casasola (2023) le atribuye un rol transformador a las narrativas, a partir de su capacidad para fomentar la pérdida de estabilidad que propicie un cambio o crecimiento del sistema.

A partir de estas ideas, podemos decir que, tal como se menciona en Soto Casasola (2023), la identidad individual se transforma y enriquece al interactuar con un nuevo entorno comunitario. Si bien cada individuo tiene su propia identidad, cuando se ingresa en un territorio que tiene determinados límites, creencias, costumbres e identidades propias, las ideas previas que tenemos a nivel individual pasan a jugar un papel importante frente a lo desconocido; se vuelven a retroalimentar con otra clase de conocimientos, y estos, en cierta medida, se anclan nuevamente en la persona, para pasar más adelante a formar parte de otro tipo de identidad. Esto significa que este proceso está en constante movimiento, en permanente ir y venir, en continua construcción, todo lo cual configura la denominada memoria social, que va construyendo nuestra propia identidad.

Un elemento que Soto Casasola (2023) señala como esencial en la construcción de identidad es el diálogo intergeneracional que se produce en diferentes espacios y comunidades. La relevancia de este diálogo radica en que, a través de la narración, la historia se convierte en un motor para la construcción de la identidad, puesto que tanto la historia como el lugar son comunes entre los miembros de una comunidad, y se constituyen en espacios donde se pueden establecer diferentes lazos y fortalecer la identidad cultural y territorial.

Por su parte, y en la misma línea, Valera y Pol (1994) analizan los aportes de la psicología social a la construcción de la identidad social urbana, el interaccionismo simbólico y la construcción social, y parten de una crítica a la psicología social, a la que cuestionan por no contemplar el espacio o lo ambiental, elementos que, a su entender, favorecen la comprensión del sujeto. Los autores reconocen que el concepto de identidad social urbana recoge valiosos aportes de la psicología ambiental, y mencionan en este sentido la necesidad que en ocasiones surge en un individuo de identificar otro sujeto y reconocer puntos en común.

Es a partir de estas premisas desarrollan un estudio fundamentado, como se mencionó, en la identidad social, el interaccionismo simbólico y el construccionismo social. En este sentido, afirman que los procesos de identificación del yo y los diferentes mecanismos cognitivos forman parte de una categorización social. En su investigación, hablan de la identidad social espacial y su relación con las características simbólicas del espacio, ya que se pueden considerar otros tipos de entornos.

El espacio físico es uno de los puntos de destaque que se observan en el trabajo; el lugar que ocupa el espacio físico como constituyente de una parte fundamental en el desarrollo del individuo, haciendo la diferencia en la conformación de su identidad self (yo) a través de la estructura de place-identity, desde su cotidianidad; así como también, según el área geográfica donde se desarrolla la identidad urbana de sus habitantes (Valera y Pol, 1994). Esa relevancia que otorgan al espacio físico en la construcción de la identidad social se refleja en las afirmaciones de Stoetzel (1970, como se citó en Valera y Pol, 1994), quien sostiene que pensar que el contorno físico de una persona está completamente influenciado por su sociedad implica definir la cultura como la percepción y adaptación al entorno dentro de esa comunidad.

A este enunciado, agregan que los objetos son tales cuando les damos un significado a través de la interacción simbólica, por lo cual, el entorno tiene que ser analizado como un determinante social.

En este sentido, subrayan que el espacio donde interactúan grupos e individuos no es solo un espacio físico, sino que generan ciertos significados sociales y a la vez se prestan a interpretar y construir diferentes procesos con afectación tanto en el espacio como en ellos mismos. La identidad social se caracteriza en la psicología social por seguir un método experimental, tiende a limitar la interacción que se realiza entre sujetos y entorno (Valera y Pol, 1994).

Uno de los conceptos principales de identidad social tiene que ver con la valoración que el individuo se otorga a sí mismo con respecto al entorno y a su pertenencia a él. En base a esto, se puede afirmar que se trata de un significado valorativo. Tajfel (1981, citado en Valera y Pol, 1994, p. 5), define identidad social como

“aquella parte del autoconcepto de un individuo que se deriva del conocimiento de su pertenencia a un grupo o grupos sociales juntamente con el significado valorativo y emocional asociado a esta pertenencia”.

También mencionan que los individuos sólo son conscientes de su identidad de lugar o espacial, cuando esta se siente amenazada. El reconocimiento de la identidad espacial es puesto en juego cuando hay una cierta amenaza, debido a que la persona trata de resignificar, de valorar, de argumentar, de fundamentar por qué vive con ese entorno, por qué se comporta de determinada manera, hasta que cuando se da cuenta de que depende de su entorno y de sus vivencias en (Valera y Pol, 1994).

Esta conciencia de su identidad espacial le permite asimismo reconocer características de los nuevos entornos que se relacionan con su pasado ambiental, lo que favorece un sentido de familiaridad y una percepción de estabilidad en el ambiente. Esto le otorga a la persona ciertos indicios sobre cómo debe actuar e incluso sobre su capacidad para generar cambios en ese entorno.

Asimismo, los autores mencionan que el concepto de identidad social está estrechamente vinculado con el concepto de identidad del yo, con lo cual, la valoración del entorno, la valoración propia y la pertenencia emocional y afectiva a los entornos, impactan directamente en la identificación del yo.

Otro concepto que acuñan Valera y Pol (1994) es el de metacontraste. Esta noción tiene que ver con categorizaciones abstractas que acaban por constituir una jerarquía, la cual, a su vez, supone una pertenencia a una clase, que abarca desde lo individual hasta su percepción como especie humana; y también favorece la percepción de diferencias y semejanzas entre grupos.

A partir de estas ideas, los autores definen el metacontraste como “un mecanismo cognitivo por el cual determinados elementos, aunque sean diferentes entre sí, tienden a agruparse en una única categoría” (Valera y Pol, 1994, p. 7). En este contexto, una de las principales categorizaciones que pueden recrear los individuos está vinculada al espacio, a partir de la creación de categorías espaciales que son utilizadas por los individuos para definir su identidad social y su identidad social urbana.

Los autores proponen aterrizar estos conceptos al ámbito de la psicología ambiental, y más concretamente al de los entornos urbanos, a los que catalogan como productos sociales. En tal sentido, sostienen que las categorizaciones que hace un individuo con relación a su pertenencia al espacio abarcan tres niveles: “el espacio mío”, “el espacio nuestro” y “el espacio de todos” (Valera y Pol, 1994, p. 12). Agregan que la diferencia sustancial que hace que un grupo de personas se sientan incluidas en un grupo, y también que se sientan excluidas de otros, está relacionada a que su identidad se vea reflejada en una determinada categoría, a través de varias personas.

Valera y Pol (1994) describen algunas características de estas categorizaciones, como ser:

a) El sentido de pertenencia como categorización social, el cual tiene una relación directa con nuestra identidad social urbana, puesto que, como se mencionó, nos sentimos parte de una categorización.

b) Los niveles de abstracción categorial, que están vinculados a nuestra capacidad de reconocer las diferencias y semejanzas que tenemos frente a otras categorías.

c) Las categorías sociales urbanas que generan identidad social urbana: el barrio, la zona y la ciudad.

d) La construcción social de las categorías sociales que se puede dar a través de las dimensiones que determinan una afiliación a una determinada categoría social urbana, a la interacción simbólica que existe entre los miembros de un mismo grupo y con otros individuos que no pertenecen al mismo grupo.

Los autores afirman que esta interacción es relevante para que los individuos se sientan identificados con un determinado grupo, en alguno de los tres niveles mencionados; y también están las dimensiones categoriales urbanas, donde la delimitación territorial es fundamental para la construcción social, ya sea de un grupo o de la identidad social urbana, y depende del sentido de pertenencia que tengan estos individuos. Entre otras dimensiones se observan la psicosocial, la temporal, la social y la ideológica.

Es en el marco de estas categorías que los individuos se identifican como grupo, y en donde se produce una interacción donde la identificación depende de la categoría urbana que se sienta representada. Aquí se pone de manifiesto una red jerárquica de identidades espaciales, lo que implica que tengamos una identidad que se expresa frente al extraño y otra identidad que se expresa cuando somos vecinos, por ejemplo (Valera y Pol, 1994).

En lo que refiere a las mencionadas dimensiones categoriales urbanas, se describen las siguientes dimensiones: la dimensión psicosocial, vinculada a las características que presentan determinados grupos o sujetos que viven en un barrio específico; la dimensión temporal, que se relaciona con la historia y evolución del grupo y su entorno.

En este sentido, la historia común aporta aspectos que permiten a los grupos diferenciarse de otros con los que no se comparte ese mismo pasado o memoria colectiva. Por ejemplo, en esta dimensión se incluyen las características que presentan determinados grupos o sujetos que viven en un barrio específico, con respecto a los que habitan otros barrios. Luego se menciona la dimensión temporal, vinculada a la historia y

evolución del grupo y su entorno. La temporalidad se vincula a la reproducción, a lo largo del tiempo, de vivencias que se transmiten de generación en generación, y que conforman el proceso evolutivo de una comunidad (Valera y Pol, 1994).

En cuanto a la dimensión social, esta contribuye a que la comunidad se identifique de una u otra manera según su composición social, que es la base de nuestra identidad.

Finalmente, los autores mencionan la dimensión ideológica, que involucra todo lo que tiene que ver a los valores, ideologías compartidas, ya sea por el pasado o por las propias vivencias, los cuales tienen un peso importante sobre el grupo-comunidad, por lo que forman parte del enriquecimiento de esta ideología y determinan lo que es la sociedad.

Cabe señalar dos aspectos relevantes para nuestro análisis: por un lado, la interrelación que existe entre las dimensiones categoriales mencionadas, ya que, a partir de ella se genera la identidad social urbana. Por otro, las relaciones ecológicas entre comunidades urbanas, las cuales abarcan las distintas formas en que los grupos y las comunidades se vinculan y son contemplados según su identidad social urbana. Esto tiene un valor simbólico asociado al entorno de fenómenos como ser, por ejemplo, la movilidad social (Valera y Pol, 1994).

En este sentido, los autores ilustran las relaciones de tipo ecológico que un grupo o comunidad mantiene con otros grupos u otras comunidades y afirman que estas deben ser concebidas como un factor determinante de la identidad social urbana.

Un concepto que es significativo para el desarrollo de este trabajo es el de elementos simbólicos, los cuales “facilitan los procesos de identificación endogrupales, las relaciones entre endogrupo y exogrupo en base a las diferencias percibidas, así como los mecanismos de apropiación espacial a nivel simbólico (Valera y Pol, 1994, p. 16).

A su vez, Lalli (1988, citado en Valera y Pol, 1994) y Francis (1983, citado en Valera y Pol, 1994), subrayan cómo estos elementos, asociados a un contexto urbano específico se configuran como representativos de una categoría social urbana y, por lo tanto, diferenciales respecto a las otras categorías.

En cuanto a la categoría social urbana “barrio”, caracterizada por su flexibilidad, riqueza e importancia con relación a la identidad social, se identifican dos aspectos que operan a nivel simbólico y permiten representar las dimensiones a nivel endogrupal y exogrupal: a) el nombre por el que se conoce al barrio, la zona o la ciudad, y b) determinados elementos del espacio urbano percibidos como prototípicos. Estos elementos facilitan la interacción social a nivel simbólico y permiten establecer los mecanismos de categorización y comparación que determinan la identidad social asociada a un entorno urbano.



Además de estos aspectos, el barrio también presenta otros elementos simbólicos tales como acontecimientos culturales característicos (ferias, fiestas, exhibiciones, entre otros); características geográficas como ríos, lagos, entre otras; así como múltiples particularidades que lo distinguen de otros barrios.

Sentirse perteneciente a un determinado barrio confiere a los individuos un estatus o prestigio social, lo que genera evaluaciones positivas del ser.

La identidad social urbana, a partir de lo expuesto, presenta también una dimensión psicosocial, puesto que sus integrantes, en tanto grupo social, se sentirán unidos históricamente a un determinado entorno, serán capaces de definirse a partir de una historia en común y también de diferenciarse de otros grupos que no comparten el mismo pasado ambiental ni la misma memoria colectiva.

Esta comunidad se identifica por medio de manifestaciones conductuales que consolidan la apropiación identitaria, tales como los individuos y los grupos, que se relacionan de manera dinámica y activa con el entorno; los valores ideológicos implícitos compartidos que habilitan la construcción colectiva de la identidad; los diferentes niveles de abstracción categorial en función de sus necesidades (Valera y Pol, 1994).

### **3.2 Narración, comunidad y precarización de los individuos.**

Salazar Villava (2011) aborda el concepto de comunidad desde diversas perspectivas, ya sea desde su concepción tradicional y también las comunidades virtuales, y diferencia entre comunidad esencial, a la que define como más cerrada y excluyente, y comunidad "contingente", la cual se caracteriza por ser cambiante y abierta a las diferencias.

A su vez, relaciona el concepto de comunidad con el de narración, al que considera un elemento clave en la generación de comunidad; con el de comunicación y con el de identidad colectiva.

En lo que refiere a la narración, Salazar Villava (2011) afirma que al compartir lo que está narrando desde su propia perspectiva, su subjetividad y sus vivencias, el narrador pone en consideración de quienes los escuchan, hechos e historias que tienen en común, ya sea a través de luchas, de ideologías, de lenguas o de experiencias.

Agrega que esta dinámica resulta transformadora por el hecho de ser compartida, y considera a la narración como un elemento que da sentido a los acontecimientos, lo que deriva en que comience a conformarse una nueva historia entre el nosotros y el otro. "El acontecimiento deviene experiencia solamente en la medida en

que adquiere sentido, y ello es posible mediante la narración. La narración instituye una memoria y articula la propia historia (Salazar Villava, 2011, p. 103).

La dinámica de la narración puede enmarcarse en ámbitos sociales o institucionales, como por ejemplo en una comunidad educativa, y esta diferenciación que se vuelve común a una variedad de sujetos es lo que habilita a que una comunidad se asiente al apropiarse de experiencias que el narrador está compartiendo (Salazar Villava, 2011).

Asimismo, destaca que en el acto de narrar las personas se exponen y se presentan ante los demás con su historia singular, conformada de sus memorias y presencias, y que esto ocurre incluso cuando la persona no se esté refiriendo a experiencias propias sino a las narraciones de otros (Salazar Villava, 2011).

Uno de los puntos clave que la autora enmarca en el concepto de comunidad es el de encuentro, que implica exponerse frente al otro, diferenciarse y, por ende, nos proporciona, en un sentido amplio, una forma plural de pensamiento, de escucha y de participación.

En el marco de este encuentro surge otra noción que Salazar Villava (2011) pone en destaque, que es el concepto de nosotros como forma de diferenciarnos, el nosotros de los otros que también nos deja su sentido transformador, puesto que necesitamos del otro para poder dar sentido al encuentro y a la vez nos hace diferenciarnos desde la política y desde la ética, y también nos ayuda a definir límites entre el otro y el nosotros. En una suerte de juego de palabras, la autora afirma: “Nosotros, expresión de comunidad, es también, nos-otros, encuentro de los que son otros. ‘Nos encontramos’ es experiencia compartida y al mismo tiempo diferencial” (Salazar Villava, 2011, p. 100).

Según explica, esa diferenciación a la que nos enfrentamos cuando nos sentimos afectados por el encuentro con el otro es clave para la crítica y la reflexión de esa comunidad. Señala la contradicción que supone la relación entre comunidad y separación, o, en palabras de la autora:

Lo intrincado de una discusión sobre la idea de comunidad en los que pulsa, por un lado, el anhelo de completitud representado como fusión con los otros en una experiencia de radical indiferenciación y, por otro, la necesidad de la separación, intrínseca a todo encuentro” (Salazar Villava, 2011, p. 99).

A su vez, Kuri Pineda (2019) aborda la identidad colectiva vinculada al espacio y la memoria. El espacio es un factor constitutivo de la identidad colectiva donde los límites no están puestos en lo espacial sino a través de un hecho sociológico, como ser los procesos sociales y políticos (Simmel, 1986, citado en Kuri Pineda, 2019). De acuerdo con este autor, “el límite no es un hecho espacial con efectos sociológicos, sino un hecho sociológico con una forma espacial” (Simmel, 1986, citado en Kuri Pineda, 2019, p. 53).

Con relación al espacio, la autora afirma que se trata de una construcción social, cultural, histórica y política, por lo cual abarca diferentes áreas y va más allá de la edificación.

A su vez, Massey (2005, como se citó en Kuri Pineda, 2019) sostiene que el espacio posibilita la multiplicidad social, que dada, a su vez, por la existencia del espacio, y el fruto de esta interrelación social dentro de un espacio es lo que llamamos un devenir.

Además, destaca como valor diferencial de los espacios el que permitan explicar cómo se estructuran y se transforman las sociedades, las cuales no pueden prescindir de los espacios, ya que es en ellos donde se fomenta el pensamiento, se generan nuevas ideas y se promueve la resolución de conflictos (Massey, 2005, como se citó en Kuri Pineda, 2019).

En cada sociedad, el espacio y el tiempo confluyen en un mismo momento, en una misma forma de relacionarse, y es por esto que le otorgan significados. Esto deriva en que se vaya configurando una misma sociedad dentro de un espacio y tiempo concretos, donde se da cierta dimensión afectiva y axiológica de acción; un ida y vuelta que se va constituyendo a través de la experiencia la narración y la identidad. “La experiencia humana es ante todo una experiencia espaciotemporal” (Kuri Pineda, 2019, p. 55).

La autora sostiene que la identidad colectiva se forma e influye en conocimientos y prácticas, además de tener una dimensión afectiva y de valores sobre cómo percibimos a nosotros mismos y a los demás (Kuri Pineda, 2019). Además, está atravesada por los poderes, los conflictos de diferente índole, y también está objetivada por ciertos monumentos, significados, símbolos, discursos y prácticas sociales que dan lugar a esa forma de representación (Kuri Pineda, 2019).

La cotidianidad constituye un elemento importante en esta interacción entre los individuos, entre esta experiencia, y está inserta directamente en esta interacción, donde los procesos que se dan a nivel subjetivos y van produciendo sentido, ya sea a diferentes afectaciones positivas o negativas, o también en forma de rechazo (Kuri Pineda, 2019).

En consecuencia, según Giglia (2012, como se citó en Kuri Pineda, 2019), el habitar engloba a un conjunto de saberes y prácticas sociales que lo convierten en una praxis social condicionada por la experiencia y al mismo tiempo condicionante de esa experiencia, y anclada en el seno de la cotidianidad.

Con relación a la memoria intersubjetiva, Rivaud (2010, citada en Kuri Pineda, 2019), postula que esta se constituye a través de la cotidianidad que existe entre los individuos en conversaciones, narraciones, eventos puntuales entre el pasado, el presente y el futuro. Además, se desarrolla a nivel individual, grupal o de pueblos, por lo tanto, a través de la cultura, el arte, lo académico, la música y las costumbres. Al emanar

de lo colectivo y ser fruto de la intersubjetividad, la memoria presenta una dicotomía entre los individuos y la sociedad, ya que ambos son parte de un todo.

De esta forma, se puede afirmar que la memoria tiene una acción constituyente, ya que es un referente en lo que tiene que ver con lo cognitivo, con lo normativo y con lo axiológico.

A su vez, Halbwachs (2011, como se citó en Kuri Pineda, 2019) señala que, a través de los pueblos, las familias y los barrios se constituye una memoria permanente que al mismo tiempo muta debido a que depende de la narración, del lenguaje y del espacio, y es además un soporte para estos grupos sociales.

La autora menciona que apropiarse de los espacios de forma física y poderlo expresar a través de marchas, monumentos, barricadas o placas, por parte de diferentes actores sociales y políticos es también una forma de grabar en ese espacio la memoria que ha quedado, y también la forma como ha marcado, como ha sido afectada; es una forma de subversión.

#### **Capítulo 4: Vida cotidiana y cambios generados por la virtualidad**

La urgencia social se refleja en la vida cotidiana a través de la velocidad y la inmediatez propias de las tecnologías de la comunicación, así como en los cambios y transformaciones de la productividad. Fernández Christlieb (2000, p. 148) señala: “El pensamiento contemporáneo también está insuflado de rapidez y transitoriedad. La psicología comunitaria parece basarse en una concepción teórica que no se da cuenta de que los grupos ya se fueron”.

En este sentido, los cambios en las comunidades se manifiestan en su mayor movilidad: las personas ya no permanecen ligadas a un único lugar, sino que transitan diariamente en un ritmo cada vez más acelerado. Esta dinámica afecta a la organización de las ciudades y a las relaciones entre los grupos, y genera modificaciones en los procesos personales (Fernández Christlieb, 2000)

Justamente, el pensamiento y la afectación en las percepciones están inmersos en esta velocidad que se produce en la cotidianeidad y generan transformaciones profundas que impactan en el análisis de las teorías, algunas de las cuales, según Fernández Christlieb (2000), parecen haber quedado rezagadas, ya que fueron elaboradas en un contexto donde los estudios se centraban en la pertenencia a determinados grupos.

Cuando se analiza a la comunidad, el territorio, las relaciones que se tejen, los lenguajes que se despliegan e intercambian y los afectos que sostienen y redefinen este sentimiento de pertenencia, son elementos que conforman la esencia para construir experiencia. Los símbolos y significantes que allí se viven forman parte de los hechos transformadores que acontecen en las comunidades. “El suelo es identidad, memoria, pertenencia, sentido, como bien mostró Halbwachs (1950) para la psicología colectiva” (Fernández Christlieb, 2000, p. 150).

A partir del siglo XV, periodo que corresponde a la modernidad, los cambios sociales trajeron consigo diversos modos de vida, diversidad de pensamiento y se generaron nuevas modas, nuevas realidades que son copiadas o reproducidas a gran y pequeña escala dentro de las comunidades (Fernández Christlieb, 2000).

En la modernidad se pueden observar diferentes criterios, sensibilidades, libertad en la creación intelectual, todo potenciado por publicaciones en diferentes medios, que fomentan los criterios con fundamentación y diferentes puntos de vista. Nace también la comunidad burocrática, con entornos políticos donde el uso del conocimiento, a través de la tecnología, en todo lo que compete a lo administrativo, genera división a través de identificación o pertenencia a un movimiento u otro (Fernández Christlieb, 2000).

Otro aspecto a considerar dentro de la noción de comunidad es la denominada “comunidad personal”. En ella, el individuo constituye por sí mismo una comunidad, delimitada por sus propios límites y territorio. Se trata de un espacio vinculado al ego, que le permite reconocerse, afirmarse y, al mismo tiempo, diferenciarse de los demás, estableciendo un cierto centrismo en torno a su identidad y a los límites de su propio cuerpo (Fernández Christlieb, 2000).

Se observa, asimismo, que las comunidades se han visto afectadas por la modernidad, ya que la tecnología, la comunicación y la globalización del mercado dejan al individuo capturado por este desarrollo que tiende a homogeneizar formas de trabajo, de pensar y de sentir. Además, propician que las personas olviden que han pertenecido a memorias de las comunidades, pasando así a ser individuos egocentristas que fomentan los intereses propios y comunidades cada vez más divididas (Fernández Christlieb, 2000).

En este contexto, se ha puesto especial énfasis en el estudio del lenguaje y de los lenguajes que trazan límites invisibles, contruidos a partir de símbolos y percepciones. Estos lenguajes configuran tanto la realidad que vivimos como la que interpretamos, generando contrastes entre lo real y lo irreal. En ese juego cobran relevancia las artes, como la pintura, que expresan y cuestionan esas fronteras simbólicas (Fernández Christlieb, 2000).

## 4.1 Posmodernidad

De acuerdo con este autor, la posmodernidad hace que converjan la ciencia, como estudio epistemológico y comprobable científico, y los criterios de la cientificidad, que son los que dan valor a estos hechos.

Los cuerpos son percibidos como un producto del ego; son identificados, valorados y controlados, y aparentar ser feliz a través de la estética y el culto de los cuerpos, que son la parte visible, dejando a un lado el sentir, los aspectos fundamentales de las personas que tienen que ver con su pensamiento, su identidad y su personalidad.

En este contexto, el ego se desvanece en la apariencia: lo interno pierde relevancia frente a lo visible. Ya no importa ser feliz, sino parecerlo; no tener conocimientos, sino contar con un currículum. El núcleo se mueve a la superficie y la comunidad se descentra (Fernández Christlieb, 2000).

Estos fenómenos solo existen a partir de la mirada del otro, que también busca ser mirado y reflejarse en los demás. Esto conlleva que, en la modernidad, la vida cotidiana se conciba como un espacio en el que predominan las formas vacías de contenido. En palabras de Fernández Christlieb (2000, p. 158), esto equivale a “estar siempre de paso”.

Otro fenómeno que se produce en esta era, de acuerdo con el autor, es que las comunidades ya no se fusionan en los suelos o territorios de las comunidades anteriores, sino que bajo la esencia del despliegue que hacen los sujetos en los espacios. La virtualidad nos da la posibilidad de estar y de cambiar fácilmente de escenarios, por lo que la vida se desarrolla en ese territorio instantáneo que surge cuando se entrecruzan sujetos que tienen o no un nexo familiar o de pertenencia, y allí sucede la magia de la comunidad.

Wirth (2005) considera que la ciudad y la civilización contemporánea se constituyen por un conjunto de creencias y características específicas presentes en un grupo de personas. Estas particularidades suelen estar vinculadas a lo urbano, independientemente del tamaño de la población. A partir de esto, el autor advierte que, si reducimos el concepto de urbanismo a la entidad física de la ciudad, concebimos a esta como un espacio delimitado de forma rígida y asumimos que sus características desaparecen al traspasar una frontera arbitraria, estaremos limitando la posibilidad de concebir el urbanismo como forma de vida.

Las influencias que se producen sobre la vida social en estas ciudades son relevantes y dejan entrever que no solo están conformadas por las casas de las personas o los lugares de trabajo, sino que también existen controles coercitivos y medidos que

guían la vida, a los que Wirth (2005, p. 3) define como “el hechicero influjo que la ciudad ejerce en virtud del poder de sus instituciones y personalidades a través de los medios de comunicación y transporte”.

El autor pone en duda los criterios utilizados para diferenciar el medio rural y el de la ciudad, señalando que no puede tomarse únicamente la cantidad de habitantes como referencia. Además, plantea que estas distinciones ejercen una influencia (o incluso una contra-influencia) en la política y la cultura, las cuales, sumadas al proceso de globalización, generan un escenario donde distintas culturas se entrecruzan en diversas áreas, comunidades y actividades (Wirth, 2005).

Agrega que los modos de vida y las nuevas formas de habitar las ciudades están estrechamente vinculados a la urbanización y al aumento de la población, que se siente atraída por los cambios culturales y políticos que estas generan. El crecimiento poblacional hace que la comunicación, la educación y la cultura se conviertan en los principales focos de interés de los habitantes urbanos, generando contrastes significativos entre la vida en la ciudad y la vida en el campo.

El desarrollo de las industrias provocó cambios en la urbanización; uno de los principales es el aumento de la población en las ciudades, en torno a esas industrias, con gente proveniente de zonas rurales. Este cambio trajo consigo más desarrollo en la comunicación, los transportes, y cambios en la cultura. Luego, en la actualidad se produce un fenómeno social diferente al anterior: el fenómeno de gentrificación, proceso de renovación urbana resultante del desplazamiento de la población original de un barrio, generalmente de bajos recursos, por residentes o negocios con mayor poder adquisitivo.

Este fenómeno puede deberse a razones económicas, culturales o turísticas, al tiempo que eleva el costo de la vida en la zona, llevando a la expulsión de los habitantes tradicionales y a la transformación de la identidad del barrio con la llegada de nuevos comercios y servicios dirigidos a una clientela más adinerada. Advierte que existe cada vez mayor competencia por el espacio, lo que conlleva que cada área tienda a ser usada de manera más rentable en términos económicos, lo que supone el “peligro de confundir urbanismo con industrialismo y capitalismo moderno” (Wirth, 2005, p. 4).

Agrega que, en el marco de la teoría del urbanismo, existen diversas “proposiciones sociológicas” que pautan la relación entre elementos como “(a) cantidad de población, (b) densidad del establecimiento, (c) heterogeneidad de los habitantes y vida de grupo, que pueden ser formuladas sobre la base de la observación y la investigación” (Wirth, 2005, p. 6).

Wirth (2005) señala que el tamaño, densidad y diversidad de las ciudades cambian el comportamiento humano; la reserva e indiferencia urbana funcionan como mecanismos de auto-protección ante las demandas y expectativas sociales.

En cuanto al tamaño de la población, cuando es una población muy grande, la comunidad se agranda, es más diversa en lo cultural y en los modos de vida. Esta heterogeneidad dificulta que los ciudadanos tengan puntos en común, por lo que, en algunos casos, tienden a segregarse en pequeños grupos, lo que atenta contra la unidad y genera el efecto contrario. Las poblaciones heterogéneas llevan a la superposición de diferentes culturas y formas de vida (Wirth, 2005).

La heterogeneidad lleva además a las personas a ser más autónomas e individualistas, con lo cual, de acuerdo con el autor, la sociedad se vuelve más insegura y menos confiable. Los grupos en los que se desenvuelven las reuniones y acciones de los individuos son diversos y el punto de unidad que tienen se da por alguna característica en común, y las comunidades, las organizaciones y los lugares de trabajo se hacen más impersonales. Este desconocimiento propiamente dicho que se da entre los ciudadanos hace que sean menos tolerantes, que haya diferentes tensiones entre ellos mismos, que derivan a veces en muchas frustraciones individuales (Wirth, 2005).

No obstante, paradójicamente el individuo se siente cada vez más libre. “Característicamente, nuestros contactos físicos son estrechos, pero nuestros contactos sociales son distantes. El mundo urbano acentúa el reconocimiento visual” (Wirth, 2005, p. 8).

Cuadra (2003), habla de la comunicación, y afirma que existe una nueva modalidad comunicacional que “se instala en la pragmática, esto es en la relación signo-usuario, cuya expresión concreta es lo interactivo” (p. 55). Agrega que, en este escenario, la comunicación tiende a la fragmentación y la personalización, y que ambas categorías hacen referencia a dos dimensiones de un único fenómeno.

Dentro de las fragmentaciones observadas, el autor se enfoca en la multipolar, la cual, desde un punto de vista psicosocial se refleja en formas de socialización que pueden explicarse como procesos de personalización (Cuadra, 2003). Uno de los cambios que destaca de la época moderna es el que denomina mutación comunicacional, la cual se caracteriza por singularidades y paradojas que a su entender ponen en evidencia una transformación en la comunicación desde una perspectiva global.

Este proceso genera nuevas formas de comunicación que a su vez producen distintos significados y cambian los supuestos semiológicos que sostienen la cultura (Cuadra, 2003).

Esto sugiere que, al cambiar los modos comunicacionales, se modifican los ámbitos de la expresión simbólica y comienza a verse otro tipo de cultura.

El autor aborda asimismo la cibercultura, y la califica como un fenómeno complejo cuando se la observa desde un enfoque cultural, y que se distribuye en forma simétrica y homogénea. Agrega que este fenómeno evidencia diversas paradojas, y entre



ellas señala el hecho de que los países que tienen más tecnologías o mayores logros en ese aspecto no son los que manejan la parte de bienes y consumos, de lo cual concluye que los avances tecnológicos no se corresponden con más conocimiento. Al igual que la cultura, las decisiones y los poderes políticos tampoco se distribuyen de forma homogénea o simétrica, sino que varían de acuerdo con el país, el poder y la geografía. Por lo tanto, si bien hay redes comunicacionales y tecnológicas que suelen ser simétricas y homogéneas, no lo son de la misma manera en distintas partes del mundo. “En suma, lejos de abolir la historia, la cibercultura es un nuevo estadio histórico de la humanidad” (Cuadra, 2003, p. 58).

Para profundizar los procesos de virtualización en las nuevas sociedades de consumo en América Latina, Cuadra (2003) destaca la obra de Ángel Rama (1984), *La ciudad letrada*, a la cual define como “una de las metáforas más cautivantes y lúcidas que se ha propuesto para describir el desarrollo cultural de América Latina” (Cuadra, 2003, p. 96). Siguiendo a Rama, agrega que los mismos que administran los lenguajes simbólicos son los que diseñan los modelos culturales. Según Rama:

esto es especialmente cierto si pensamos que la ciudad letrada alcanzó su supremacía en un mundo analfabeto; más todavía, la ciudad letrada se amuralló en lo que nuestro autor llama ‘la tendencia gramatología; es decir, la ciudad letrada se hizo ciudad escrituraria. (Rama, 1984, como se citó en Cuadra, 2003, p. 96)

La cibercultura nos hace pensar el grado, el nivel de complejidad que existe a nivel semiótico. Esto evidencia que hay una lógica de nuevas perspectivas, nuevas nociones que nos hace que esto sea, a la vez, muy diverso y que tengamos múltiples mensajes que lleguen en forma diferente. A su vez, la universalidad de estos mensajes produce efectos de alcance global, contribuyendo a procesos de globalización cultural (Cuadra, 2003).

El autor sostiene que el mayor cambio que se está produciendo actualmente es que se privilegia la imagen y la palabra, dando origen a un nuevo concepto, un nuevo diseño cultural frente a la llamada ciudad virtual.

En cuanto a los procesos de virtualización, en un sentido amplio, sostiene que los mismos suponen “un cambio en los modos de significación y en los contextos tecnológicos y sociales que lo hacen posible; es decir, los procesos de virtualización están inscritos en una dimensión histórica y social” (Cuadra, 2003, p. 97). Agrega que lo que pone de manifiesto el cambio cultural que se está viviendo son la diferenciación y las características que los hechos históricos y sociales vienen registrando a lo largo del tiempo.

La ciudad letrada estuvo dominada desde la época de la colonización por personas que sabían escribir y contribuyeron a la transmisión de la cultura y la política, ya que esta colonización se llevó adelante a través de burócratas y sectores políticos. Esto dio lugar a que, en el siglo XX, la prensa y la tecnología generen un gran fenómeno cultural en toda una dimensión histórica y social.

Entonces, la globalización, la tecnología, el cine, la cultura y la televisión hicieron que los modelos culturales que generaban estuviesen en cada lugar donde tenían dominio. A través de la palabra y el habla cotidiana, pasaron a tener una trascendencia enorme en cuanto a la cultura, desplazaron la escritura como límite social y lingüístico y originó cambios en nuestro universo simbólico, que se alejó de la normatividad, de esa reglamentación cotidiana y de esa cultura, para pasar a códigos de masas, códigos normativos y códigos más flexibles a través de la cultura de masas que conforma la virtualidad, en el marco de la globalización. “La ciudad virtual, cosmopolita y consumista por definición, trae consigo nuevos modos de concebir la política, la ética, el entretenimiento, y la vida cotidiana. La ciudad virtual hace de la sociedad un medio y de la publicidad el lenguaje de lo político” (Cuadra, 2003, p. 100).

Otros cambios que según el autor se vienen imponiendo a partir de los mencionados procesos de mediatización y virtualización es que estos hicieron surgir nuevos patrones culturales que se han convertido en los “principios estructurales de confirmación y conformación de identidades” (Cuadra, 2003, p. 102) y han derivado en la extinción de la clase social como “referente sociológico duro”, dando lugar al surgimiento de “comportamientos discrecionales de índole fragmentaria que llamaremos tribus postclasistas” (Cuadra, 2003, p. 102).

En este sentido, el autor señala que existen nuevas identidades surgidas de lo virtual, las cuales se ubican en el marco de los procesos de mediatización, a los que considera el “rostro comunicacional del mercado” (Cuadra, 2003, p. 103), y de los procesos de virtualización, a los que define como “modos de significación inéditos” (Cuadra, 2003, p. 103). Estos procesos hacen que los flujos transnacionales transformen y debiliten las identidades tradicionales en América Latina (Cuadra, 2003).

De acuerdo con el autor, la postmodernidad consolida la ciudad virtual, a la que califica como “un régimen de significación que supone un modo de economía cultural caracterizada por la mediatización propia de una sociedad de consumo globalizada” (Cuadra, 2003, pp. 103-104). Esta mediatización, agrega, está determinada por lo económico, que se traduce en la demanda que conlleva esta producción de mensajes en la virtualidad, y en la inmediatez, a través de dispositivos tecnológicos, todo lo cual supone un gran cambio social que abarca, entre otros aspectos, que los problemas históricos de América Latina se presenten de otras maneras.

#### **4.2 Los desafíos de la psicología social comunitaria ante el creciente individualismo.**

Lefebvre (1999) hace un recorrido por la evolución de las ciudades analizando de cómo estas se han constituido como parte de dominación en la sociedad infiriendo cada vez más en la propia cotidianidad. El autor reflexiona sobre lo que denomina fenómeno urbano, haciendo un recorrido histórico y evolutivo que comienza en los primeros pueblos que actualmente son estudiados por la etnología y la antropología y continúa por los campesinos, quienes “han perfeccionado y precisado tal topología del espacio, sin alterarla” (Lefebvre, 1999, p. 4). Señala que más tarde, en la época de la industrialización, algunos fenómenos urbanos traspasan todas esas esferas, propiciando diferentes dinámicas sociales. Ante esto, sostiene que “la teoría según la cual han segregado lentamente la realidad urbana es fruto de una ideología” (Lefebvre, 1999, p. 4).

Con base en ese postulado, afirma que lo urbano acapara y se extiende a todas las dimensiones, y tanto su lógica como sus características pasan a dominar todas las formas de vida y las diferentes realidades, incluyendo las agrarias. Agrega que la llamada revolución urbana está relacionada con la acumulación de objetos y de población, lo que implica una nueva organización y previsión de espacios y lugares sociales, y un cambio en los paradigmas de la sociedad. Como consecuencia, además de los problemas generados por la industrialización, también hay que solucionar problemas relacionados con esta nueva colonización de espacios. Asimismo, postula que esta acumulación de objetos y de personas viene después de la acumulación de capital, y “adopta la forma de una ideología escondida bajo la forma de lo legible y lo visible, y que, a partir de ese momento, parece la propia evidencia” (Lefebvre, 1999, p. 10). Esto es lo que habilita a que se pueda hablar de una “colonización del espacio urbano” (Lefebvre, 1999, p. 10), la cual se concretiza en la calle, a través de “la imagen de la publicidad y el espectáculo de los objetos: a través del ‘sistema de los objetos convertidos en símbolos y espectáculo’” (Lefebvre, 1999, p. 10).

El autor destaca que lo urbano, así como los cambios sociales que trae aparejados, se ven replicados o salpicados en los lugares periféricos, donde se produce una extensión de lo urbano. Con base en esto, afirma que lo urbano es un eje fundamental en la sociedad contemporánea; se trata de un fenómeno en pleno desarrollo, que cada día presenta nuevos desafíos para los cuales hay que buscar continuamente soluciones.

A su entender, estamos bajo la influencia de una ciudad política, es decir, bajo la dominación del poder, la organización y la administración. Esto conlleva que a la calle

se la considere un medio para el encuentro espontáneo y, a veces, de liberación, pero con la contracara de ser también un espacio donde se concentra la publicidad, el consumo y la alienación de los sujetos.

También cuando se dimensiona lo urbano, para Lefebvre (1999) aparece el significado que tienen los monumentos, ya sea como símbolos de represión, históricos, políticos o religiosos, generando una dominación y marcando autoridad bajo la contemplación pasiva. No obstante, considera que también pueden ser elementos urbanos que permitan mantener la esperanza en valores utópicos dentro de la urbanización.

De acuerdo con Lefebvre (1999), los cambios en el sistema productivo y las relaciones de producción son las que producen la realidad urbana. Es decir, como la ciudad va cambiando en función del sistema productivo, desde el surgimiento de la vida agraria hasta la actualidad. Estos cambios tienen consecuencias, como el crecimiento financiero, lo que constituye cierta violencia estructural originada por los mercados que redundan en pérdidas del valor de los salarios y empobrecimiento, generando discriminación hacia los sujetos que no se encuentran dentro del sistema, lo que llega a afectar la salud mental de las personas y genera comportamientos y acciones violentas que afectan a toda la sociedad.

Por su parte, Montenegro et al. (2014) sostienen que vivimos en un sistema económico al que denominan capitalismo post-fordista, donde los vínculos en la comunidad se hacen más frágiles. Los barrios, los trabajos, las fábricas dejaron de compartir una identidad que los mantenía unidos para pasar al individualismo influenciado por el consumo, lo cual genera dificultades para la construcción de un nosotros y de un pensamiento colectivo.

Esta realidad configura un enorme desafío para la Psicología Social Comunitaria (PSC), que debe encontrar formas de fortalecer esos vínculos que conforman lazos de unidad y promueven la acción colectiva en contextos diversos (Montenegro et al., 2014)

Los autores señalan que el entrelazamiento de los ámbitos económico y cultural es lo que debilita los pilares sobre los cuales se apoya la PSC, vinculados al sentimiento de comunidad que tienen sus raíces en un espacio e identidad común y están disponibles para contribuir al mejoramiento de la comunidad (Montenegro et al., 2014, p. 33).

Agregan que otro elemento que socaba estos pilares, además de limitar la democracia y la capacidad de negociación de los más desfavorecidos es “la expropiación del potencial cultural para cuestionar y transformar las actuales relaciones de sometimiento económicas, culturales y psicológicas” (Montenegro et al., 2014, p. 33).

Para los autores, en nuestra sociedad actual se le pide mucho al sujeto en cuanto a tener responsabilidad individual y autónoma, puesto que cada persona es vista como

única responsable de sus actos, de sus logros y hasta de su futuro, y subrayan que lo que agrava este escenario es, precisamente, el debilitamiento de los lazos sociales y de la marginalización social, la cual se atribuye a una dificultad de inclusión que tiene la persona y no como consecuencia de la desigualdad de las políticas. “Las políticas focalizadas, como resultado de un proceso de discriminación positiva al seleccionar a sus destinatarias, las instituye como sujetos de carencia (Montenegro et al., 2014, p. 34).

En este sentido, para la psicología comunitaria, la focalización de políticas da como resultado que las personas sean señaladas como sujeto con carencias, llevándolas a ser seres invisibilizados, dependientes e incapaces de generar acciones colectivas. En palabras de Hobsbawm (2008, citado en Montenegro et al., 2014, p. 34): “la expansión del capitalismo global, en su vertiente económica y cultural, reescribe la comunidad en términos de identidades susceptibles de ser mercantilizadas y constitutivas de factores temporales de cohesión social”.

Un fenómeno que según los autores se produce en el marco de estas transformaciones es la desterritorialización de la comunidad, lo que implica que ya no se la asocie a un espacio geográfico, como ocurría antes, sino que, a raíz de la globalización y las nuevas tecnologías, las comunidades pueden generar identidad individual y grupal, por ejemplo, desde las comunidades en línea, sin depender de una ubicación espacial. Las autoras el hecho de que la comunidad social se considere como capital social y económico, puede favorecer individualismos (Montenegro et al., 2014p. 35).

Advierten, en este sentido, que estamos ante un fenómeno de “des-significación temporal y espacial de la comunidad”: donde antes primaba la historia, los intereses comunes, la cultura y el espacio compartido, ahora, a partir de los cambios operados se han ido modificando los procesos de subjetivación, donde el sujeto mismo, con su vivencia, es un objeto de significado y constituye su experiencia en el presente, basado en la construcción de su identidad personal.

En este contexto, Montenegro et al. (2014) proponen que la psicología comunitaria se enfoque en la comunidad como un lugar de nuevos desafíos, donde el grupo es pensado desde lo diverso, tomando la metáfora del rizoma y conectándose de forma no lineal, sin jerarquías y aceptando la complejidad.

Llevando estos conceptos a la realidad cotidiana, los autores proponen la promoción de nuevos enfoques para el diseño de políticas públicas centradas en la participación. Como ejemplo, ponen las experiencias de presupuesto participativo que fueron desarrolladas en Europa, y que se apoyan en la participación para lograr más eficacia y más legitimidad de la intervención estatal (Montenegro et al., 2014).

De acuerdo con los autores, “si bien la participación constituye un elemento clave en el desarrollo de una sociedad democrática, el post-fordismo la ha transformado en un

elemento central en la producción y consumo de mercancías, a la vez que el liberalismo la ha incorporado como elemento fundamental en la gestión poblacional (Montenegro et al., 2014, p. 36).

Para la PSC, esto supone que las políticas públicas pasen a formar parte de un proceso burocrático, en lugar de promover eventos comunitarios donde se reconocen los diferentes grupos que se relacionan desde la diversidad, sin subsumirse a estereotipos, de forma de fomentar la acción grupal sin renunciar a las particularidades. Se trata, por tanto, de contribuir a la constitución de vínculos vecinales, reforzando el sentido de la categoría vecino, podría contribuir más adelante a la reconstrucción del sentido de comunidad (Montenegro et al., 2014).

## Capítulo 5: Síntesis reflexiva

La primera reflexión que surge del análisis de la influencia de la participación en los vínculos, la vida urbana, las relaciones y la toma de decisiones en nuestra cotidianeidad, es que cumple un papel fundamental como herramienta de transformación social.

La relevancia de este rol en la forma como se desarrolla la vida de las personas en los diferentes reductos que conforman las ciudades, como barrios y comunidades, se ha mantenido a lo largo del tiempo, pese a las transformaciones abruptas que ha experimentado el concepto de participación.

Esta transformación atraviesa todos los ámbitos de la vida urbana y ha trazado una línea que va, hablando en términos generales, de la reivindicación social de derechos al consumo privado.

De hecho, si antes era usada para librar luchas por más y mejores derechos, ya fuera a través de procesos político-electorales como a través de la pertenencia a distintos sindicatos; actualmente pasó a centrarse principalmente en lo que es el consumo privado e individual, empujada por la creciente injerencia que tienen los medios masivos de comunicación en el contexto de la globalización.

Las consecuencias de esta transformación significativa y acelerada, según los diversos autores abordados en este trabajo, impactan especialmente en la subjetividad, la autoidentificación y la búsqueda de intereses por parte de las personas.

Antes, la participación era tomada como un elemento fundamental para la democracia -algo que hoy se mantiene-, pero a partir del posfordismo se ha convertido en una dimensión de la producción y el consumo, y, en este marco, el individuo, a través de esta forma de participación —y su consecuente forma de identificación—, pasa a ser un engranaje más de todo este mecanismo.

Algo que se puede observar al analizar los textos consultados es que el ejercicio de la participación está fuertemente condicionado por los contextos históricos, sociales y culturales. Así, a partir de los aportes de Ana María Fernández, De Brasi y Rolnik y Guattari, se entiende que la subjetividad se produce históricamente, y esto afecta la forma de actuar políticamente.

Parte de la propuesta de esta monografía es alejarse de esta lógica binaria que existe entre el individuo y la sociedad —estar adentro y afuera de algo que lleva a la exclusión— y partir de la necesidad de pensar una producción social histórica de la subjetividad, en contraposición a los criterios de subjetividad fabricada desde la lógica industrial y maquínica del capitalismo, que afecta cada dimensión de la vida cotidiana.

Para salir de esa postura binaria, se apela a herramientas críticas como la deconstrucción, propuesta por Derrida; el análisis genealógico de Foucault y la elucidación crítica de Castoriadis, con el fin de problematizar las nociones universalizadas y cuestionar aquello que se ha dado como obvio.

Esta caja de herramientas permite visualizar y deconstruir la dimensión sociohistórica de la subjetividad. Cabe destacar, en este sentido, que Fernández fundamenta este método de investigación a partir de ciertas interrogantes acerca de la participación: ¿desde dónde surge?, ¿en qué momento histórico aparece?, cuyas respuestas contribuyen a conocer sus orígenes, y así poder problematizar el concepto.

Otro ámbito fuertemente impactado por la modernidad, la urbanización, el consumismo y el neoliberalismo es el espacio físico, puntualmente el territorio barrial, el cual constituye una forma de identidad social, que habilita y construye la memoria colectiva. Este espacio ha sido encuadrado, en la actualidad, por una lógica capitalista y una administración que tiende a privatizar lo público.

Por tanto, entre otros aspectos los cambios en la arquitectura y el diseño, es una transformación tendiente a fomentar mecanismos de control y disciplinamiento que obstaculizan y generan exclusión de grupos que ya son vulnerables. En este sentido, diversos autores citados en el trabajo llaman a buscar formas de impactar en las relaciones de poder y lograr así una reapropiación de estos espacios públicos por parte de la ciudadanía.

Este objetivo, no obstante, enfrenta, además de los obstáculos mencionados, un desafío clave: el debilitamiento de los lazos comunitarios y el creciente individualismo, fomentados por el advenimiento de la virtualidad, que se ha apoderado de nuestra cotidianidad y de la forma como nos comunicamos. La urgencia social, la velocidad, la inmediatez con la que se vive, a raíz del surgimiento y relevancia que han adquirido las TIC en nuestras vidas afecta incluso nuestra forma de pensar.

Operando en conjunto, la postmodernidad y la virtualidad habilitan que las comunidades cambien fácilmente de escenarios, lo que propone otro desafío: crean otros territorios instantáneos que sustituyen a ese espacio geográfico original, a ese barrio. Todo lo que antes se centraba en lo comunitario, mayormente algo tradicional, ahora genera un cambio comunicacional, donde se visualiza la fragmentación de la comunicación; la persona se ve más aislada y se erosiona la sociabilización, privilegiando la imagen y la palabra, dando paso no solo a la comunicación virtual sino a la ciudad virtual.

En este escenario, en la actualidad la ciudad se caracteriza por ser más activa, más cosmopolita, y también, por ello, tiende más al individualismo, a que cada uno viva su propia vida y a generar espacios desde la virtualidad y no meramente desde el



espacio geográfico. Esto provoca que la identidad se construye hoy en día mediante una tensión entre lo comunitario y lo individualista, e implica desafíos para generar pertenencia, participación activa y vínculos que superen la fragmentación social.

En medio de esta realidad vertiginosa y cambiante, la psicología social comunitaria debe posicionarse críticamente frente a los efectos del liberalismo, asumiendo un rol activo que promueva una participación crítica y equitativa, y reconozca los diferentes saberes y las nuevas subjetividades que van surgiendo.

Para ello, la acción comunitaria requiere revisar y resignificar el rol del psicólogo como agente de transformación, mediante el acompañamiento de procesos participativos y la visibilización de las diferentes estructuras de poder que operan al interior de la vida de las personas, de manera de facilitar nuevas formas de intervención, nuevas posturas críticas, nuevos mecanismos de participación desde lo colectivo.

En este camino, no podemos olvidar que, en la actualidad, las formas de participación están atravesadas por desigualdades estructurales: pobreza, exclusión, distribución desigual del poder, entre otras, que limitan las posibilidades de ejercer una ciudadanía plena. Es uno de los nuevos desafíos para este proceso de cambio continuo, tanto en el rol de los psicólogos en general, como de los profesionales de la psicología social, en particular.

Tal vez, el camino para establecer lazos fuertes dentro de estas nuevas formas de habitar pase por promover esta identidad, que antes se construía como identidad del territorio, a través de otras estrategias, como el reconocimiento del vecino trabajando dentro de una determinada grupalidad, de forma de lograr identificarnos con nuevas formas de vida y de conexión con el otro.

Por último, es importante reconocer que la narración es una herramienta de construcción comunitaria y de memoria colectiva. Frente a la fragilidad de los lazos y de los vínculos, la narración surge como un elemento clave para la generación de comunidad e identidad colectiva: compartir vivencias, subjetividades e historias en común instituye memoria y articula una propia historia de la comunidad, convirtiendo acontecimientos en experiencias que nos dan sentido.

Narrar significa un encuentro, y por lo tanto es ponerse frente al otro. Esto hace también necesario hacer una reflexión crítica para poder construir un nosotros que nos define más adelante frente a un “ellos”.

## Referencias bibliográficas

- Cuadra, A. (2003). *De la ciudad letrada A la ciudad virtual*. Propiedad intelectual no: 114.238. ISBN 956-282-592-2.
- De Brasi, J. C. (2007). A modo de introducción. Crítica del dualismo. En: J. C. De Brasi, *La problemática de la subjetividad: Un ensayo, una conversación* (pp. 13–27) EPBCN Ediciones. (Obra original publicada en 1990).
- Fernández, A. M. (1999). *Instituciones estalladas*. Eudeba.
- Fernández Christlieb, P. (2000). El territorio instantáneo de la comunidad posmoderna. En: A. Lindon. *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*. ISBN 84-7658-588-8. pp. 147-170. Anthropos.
- Ferullo de Parajón, A. G. (2006). *El triángulo de las tres P: Psicología, participación y poder*. Paidós.
- García Canclini, N. (1985). *Consumidores y ciudadanos Conflictos multiculturales de la globalización*. Grijalbo.
- Gómez Villar, A. (2016). El abandono: el lugar (des)habitado por las vidas precarias. *Athenea Digital*, 16(1), 113–136. <https://doi.org/10.5565/rev/athenea.1737>
- Jiménez-Domínguez, B. (2008). Ciudadanía, participación y vivencia comunitaria. En B. Jiménez-Domínguez (Comp.), *Subjetividad, participación e intervención comunitaria: Una visión crítica desde América Latina*, pp. 55–84. Paidós.
- Kuri Pineda, E. (2019). Espacio, identidad colectiva y memoria: algunas notas reflexivas. En: A. Mondragón González y G. Contreras Pérez (Coords). *Paisajes multiversos. Reflexiones en torno a la construcción del espacio social* pp. 51-69. Universidad Autónoma de México.
- Lefebvre H. (1999). De la ciudad a la sociedad urbana. En: *Bifurcaciones: revista de estudios culturales urbanos*, 18, 2014.
- Lewkowicz, I. (2006). *Pensar sin Estado. La subjetividad en la era de la fluidez*. Paidós.
- Montenegro, M., Rodríguez, A., Pujol, J. (2014). La Psicología Social Comunitaria ante los cambios en la sociedad contemporánea: De la reificación de lo común a la articulación de las diferencias. *Perspectivas Individuo y Sociedad* (13),2, pp. 32-43.
- Montero, M. (2004). *Introducción a la psicología comunitaria. Desarrollo, conceptos y procesos*. Paidós.
- Rolnik, S., y Guattari, F. (2006). *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Traficantes de Sueños.

- Salazar Villava, C. (2011.). Comunidad y narración: la identidad colectiva. En: *Tramas* 34, Universidad Autónoma de México, 2011, pp. 93-111.
- Sequera, J. y Janoschka, M. (2012). Ciudadanía y espacio público en la era de la globalización neoliberal. *ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 188(755), 515-527. <https://doi.org/10.3989/arbor.2012.755n3005>
- Soto Casasola, L. B. (2023). Memoria y Comunidad en la construcción de la identidad. *Identidad Universitaria*, Universidad Autónoma del Estado de México, 21, abril-junio 2023, pp. 21-25.
- Valera, S.; Pol, E. (1994). El concepto de identidad social urbana: una aproximación entre la Psicología Social y la Psicología Ambiental. *Anuario de Psicología*, 62, 5-24. Facultat de Psicologia Universitat de Barcelona.
- Wirth L. El urbanismo como modo de la vida. *La ciudad y la civilización contemporánea*; 2, 2005. [www.bifurcaciones.cl](http://www.bifurcaciones.cl)
- Zúñiga, R. (2008). La subjetivación en la intervención comunitaria. Explorando una lectura. En B. Jiménez-Domínguez (Comp.), *Subjetividad, participación e intervención comunitaria: Una visión crítica desde América Latina*, pp. 143–164. Paidós.